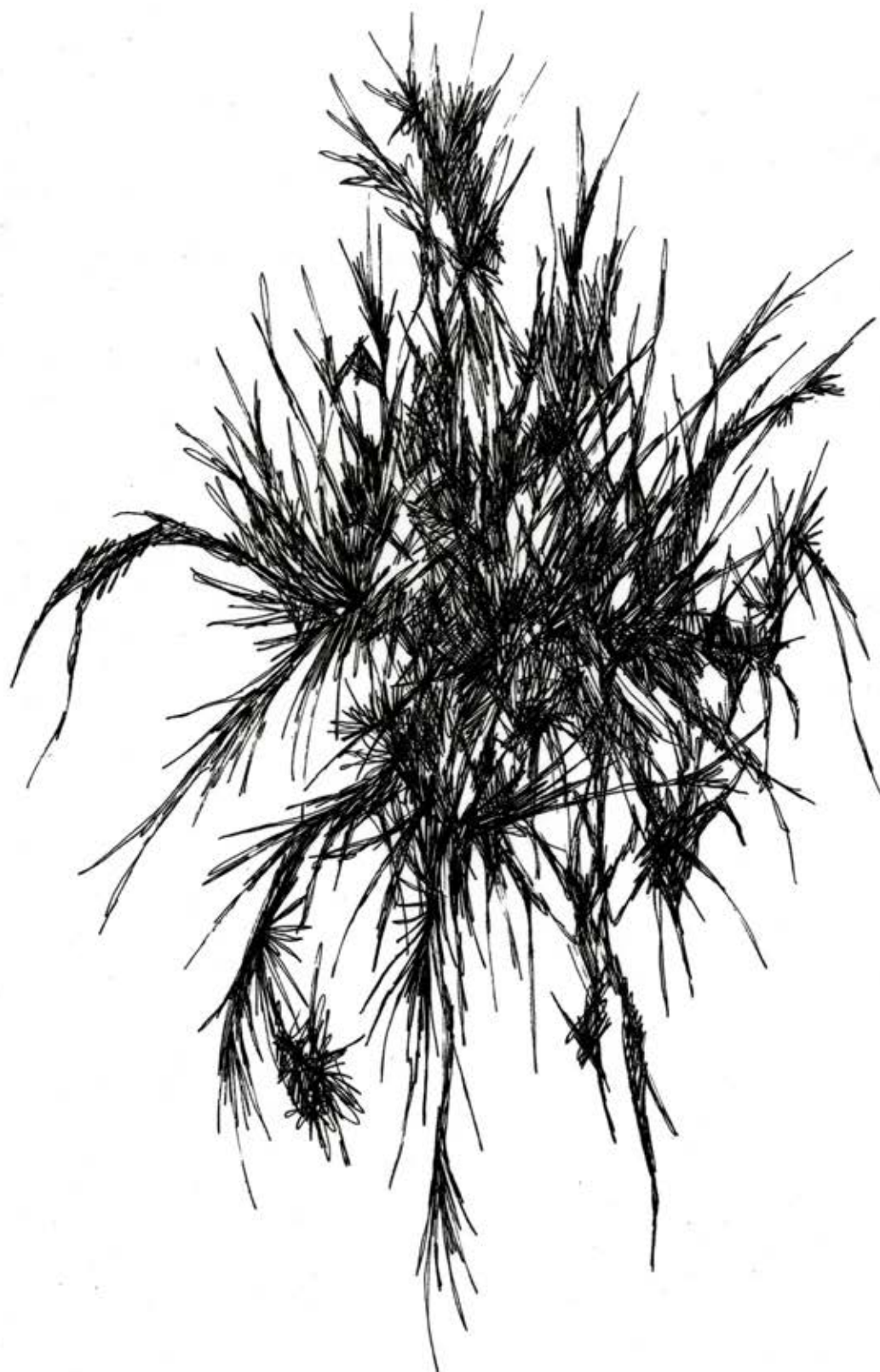




X
Animales

grifo

ESCUELA DE LITERATURA CREATIVA
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

#28

Agosto 2014

DOSSIER ANIMALES

- 4 > *Los animales y nosotros* **Carla Cordua**
- 8 > *Leones losi* **Havilio**
- 9 > *Santiago, ciudad de pájaros* **Sebastián Schoennenbeck**
- 11 > *El dorado* **Ignacio Morales**
- 14 > *En la piel del oso / Volverse animal*
Abraham Poincheval / Odile Plou
- 18 > *Perros y gatos* **Elvio Gandolfo**
- 21 > *A propósito de ese animal que llamamos perro*
Bernardo Subercaseaux
- 25 > *Bestiario* **Jorge Baradit**
- 27 > *Petites bêtes* **Selección de autores franceses actuales**
Fanny Margras y Ninon Maquet

SECCIONES

- 31 > ENTREVISTA *Elvira Hernández: Estamos rodeados de muerte*
Felipe Astudillo
- 35 > TRADUCCIÓN *Pavlov's Dog* **Sébastien Lespinasse**
Amélie Bernal
- 37 > INÉDITO *Misión Wümmull* **Gloria Dünkler**

RESEÑAS

- 40 > *El obsceno gusano* **Fanny Margras**
- 41 > *Peñaflor* **Victoria Donoso**
- 43 > *El arte de señalar un hogar* **Nicolaj Pavlov**
- 45 > *Tambores en alguna región repleta de humo*
Felipe Astudillo

GRIFO, número veintiocho /
Agosto de 2014
Santiago de Chile
Escuela de Literatura Creativa
Universidad Diego Portales

Coordinación general
Manola Pérez

Equipo editorial
Paloma Araya
Héctor Felipe Astudillo
Nicole Castro
María Victoria Donoso
Verónica Echeverría
Ninon Maquet
Fanny Margras
Macarena Montero
Mauricio Paredes
Nicolaj Pavlov
Gonzalo Pica
Francisca Torres
Pamela Varas

Diseño
Inés Picchetti

Imágenes
Charlotte de Perrot,
charlottedeperrot.com

Impreso en Andros

Contacto
griforevista@gmail.com
@RevistaGrifo
facebook.com/griforevista
www.revistagrifo.cl

Esta publicación es producto
del trabajo realizado en el curso
Producción editorial I de la
Escuela de Literatura Creativa,
Universidad Diego Portales, a
cargo de la profesora Marcela
Fuentealba.



Los animales y nosotros

CARLA CORDUA

Cuando los hombres eran animistas veían todo, también a los animales, como dotados de un alma, pero no vacilaban en comerse los así animados; ahora tampoco vacilan en hacer lo mismo, pero antes de comerse a los animales han tomado la precaución de sustituir el alma por la vida. Pues no les importa matar para comer pero, discriminadores que somos, devorar almas no nos sienta bien. Sus objeciones derivan de cierto escrúpulo espiritual que implica la veneración de las almas. Hoy se han vuelto aún más delicados a medida que son menos animistas, a pesar de que siguen siendo igual o peor de comedores. ¿Qué quería decir para los antiguos animistas, ser alguien la habitación provisoria de un alma? Quería decir que el futuro objeto alimenticio era compuesto: y que el apetito se interesaba, en último término, sólo por la habitación, no por su habitante. ¿Es que el alma no hace ahora ninguna impresión sobre nuestro apetito? Son tantos los que han dejado de usar y de entender la palabra "alma" que hay que recurrir a otra perspectiva para ocuparse del asunto. Sólo algunos poetas –tal vez los únicos que todavía entienden de almas: de ser un alma y de sufrirla, de serla y de gozarla– sean quienes piensan que ella es no sólo el centro de toda experiencia sino también su sal y su sentido.

Pero que nuestra relación con los animales es complicada y probablemente culpable, se dice hoy a menudo. No faltan quienes se dedican a recordárnoslo. "Comer animales muertos", (¡qué horror!) como lo pone J. M. Coetzee, uno de los críticos severos del trato moderno que reciben los animales en los criaderos comerciales, en los laboratorios experimentales y como juguetes en su función de mascotas privadas. Según el escritor, si alguien se dijera a sí mismo "me como un cadáver", no se lo perdonaría. Pero no todos nosotros lo vemos de este modo descarnado y demasiado frontal. Una ingeniosa manera de evitar los extremos hirientes de la verdad y de la mentira directas, se la debemos a Descartes. El filósofo pensó: estar vivo es ser un alma viviente; un alma encarnada en un cuerpo vivo, tal como en nosotros. Pero en los animales, en cambio, aunque se nos parecen, la animación no es anímica sino mecánica, es decir, son máquinas, sólo poseen un alma en apariencia. Parecen vivir y ser animados, pero no es así. Si tuvieran alma, en ellos ésta no sería otra cosa que la función que en una máquina efectúa la batería que la enciende para hacerla funcionar. Más adelante Descartes ya no preguntará: ¿los humanos comemos máquinas? Pues sólo parece interesarle el lado negativo de su razonamiento, el que, también en apariencia, salva la decencia humana: los hombres no comemos almas.

En este terreno del alma rara vez se piensa con claridad. Creemos que no hace mucho tiempo nosotros éramos todavía animales que se alimentaban de otros animales, cosa normal en la naturaleza. Pero ahora que somos diferentes y nos hemos separado de la animalidad, somos más lúcidos y queremos saber en qué consiste nuestra relación con aquellos a los que superamos, dejándolos atrás. Ellos son nuestro pasado ya casi olvidado, pero, como seguimos comiéndonos a nuestros antepasados, no estamos seguros de habernos separado del todo de nuestra anterior condición. Nos enoja, por eso, que sea precisamente ahora, en la hora de nuestra inseguridad, cuando hemos abandonado el animismo como cosa infantil y retrógrada, que los críticos del hábito inveterado de comerse a los animales digan que con ello violamos sus derechos. ¿De dónde saldrá la "fantasía" de que los alimentos tienen derechos? Si estuviésemos seguros de habernos separado del todo de nuestra anterior animalidad, las dudas y los temores acerca de si hay algo así como un alma animal disminuirían mucho. La seguridad de una separación radical entre los hombres y los animales podría servir como una licencia o permiso para comérmolos sin remordimientos; pero esta seguridad es vacilante debido a que las diferencias que nos separan de ellos son ambiguas. Mientras les reconozcamos un alma y nadie la reclame para sí de nuestro lado, no habremos pacificado el conflicto ni aclarado la situación.

CARLA CORDUA (Los Ángeles, 1925) estudió filosofía en la Universidad de Chile, en las universidades de Colonia y Friburgo, en Alemania, y se doctoró en la Universidad Complutense de Madrid. Cofundadora, el año 1964, del Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile, ha sido también profesora titular y directora de la Revista de Filosofía de esa casa de estudios. Es miembro de número de la Academia Chilena de la Lengua desde 2001. Obtuvo el Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales en 2011. Ha escrito más de una veintena de libros, entre ellos: *Ideas y concurrencias* (Premio del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, 2002) y *Partes sin todo* (Premio Altazor de Ensayo, 2007).

Pero, además de la alimenticia, les concedemos también otras funciones a los animales; entre ellas, la de ofrecernos un refugio provisorio en situaciones extremas. Una posible animalización permite sustraerse a ciertas perversiones demasiado humanas. En una novela de Vargas Llosa, *La ciudad y los perros*, el asunto de lo humano y lo animal se plantea sin rodeos. Lo que está en juego en ella son los años juveniles de los colegiales de cierto instituto militar, los llamados "perros" de cierta ciudad, las maneras de pensar y de trato de cierto país. El Colegio es un medio en extremo violento, arbitrario y bastante perverso: la humanidad en ciernes confiada a tal ambiente no dispone, al incorporarse, de verdaderos recursos defensivos o de vías alternativas para escapar a las amenazas y los peligros del sistema. Ella es, más bien, deliberadamente sometida a ellos. Allí los jóvenes del sexo masculino pasan por un período de efectiva animalización. Sometidos a una educación brutal por la ineptia educativa y la grosería intelectual de sus padres, son forzados a animalizarse antes de crecer y de escapar de sus supuestos educadores. Se trata de una historia sugestiva y luminosa que refleja las ambigüedades de la relación de humanos y animales, las que oscilan entre el desprecio, la crueldad, la degradación y el amor al refugio de quien huye de la violencia supuestamente servicial para domar a la juventud descarriada. La animalización provisoria de los jóvenes durante sus años de internos forzados en un colegio militar les ofrece una alternativa tanto a la desesperación frente al castigo inmerecido y violento, como a su iniciación en las costumbres adultas de una sociedad mediocre y corrupta. La idea genial de esta novela de Vargas Llosa reside en representar las formas precarias y amenazadas de la vida colegial entendida como castigo y última oportunidad, y en borrar la línea divisoria entre la humanidad y la animalidad. El ir y venir de los internos entre la condición humana y la animal sirve para ofrecer ciertos mínimos de protección y aliento a pupilos privados de iniciativa y espontaneidad por sus carceleros. Vale la pena hacerse una idea de esta visión a la vez terrible y sugerente, en la que algunos animales resultan ser menos bestiales que los hombres.

Los padres que envían a sus hijos al Colegio Militar Leoncio Prado de Lima y los militares que regentan la institución piensan que la llamada formación militar convertirá a los adolescentes en verdaderos hombres. Un padre dice: "Te han criado como a una mujerzuela. Pero yo te haré un hombre" (199).¹ Presentado en esta novela por alguien que pasó en persona por la experiencia del tratamiento, el programa no produce la humanización prevista sino más bien la estadía provisoria en una animalización de los colegiales. Los varios narradores de la historia coinciden en valerse de un vocabulario animal tanto para describir lo que le ocurre a cada uno de ellos como para referir lo que les pasa a todos. Allí las personas se entregan sin reservas, en efecto, a la condición animal: son Perros, Jaguares, Boas, Palomas, Ratas, Pirañas, Gallos, Monos, Burros; parecen animales: gruñen, patean, husmean, muerden, se arrastran en cuatro patas, ladran y dicen "soy un perro", cuando son forzados por la manada cruel u obedecen al propio impulso. Además, actúan consecuentemente como seres inferiores cuando, gobernados sólo por un apego instintivo a la vida y a sus necesidades elementales, están dispuestos a mentir, traicionar, vender y matar a otros, violando sus propias promesas, compromisos, lealtades y afectos. Un pasaje de la novela describe el clima que, después de una crisis, vuelve a reinar en las salas de clases del Colegio Militar. "En las clases, los cadetes hablaban, se insultaban, se escupían, se bombardeaban con proyectiles de papel, interrumpían a los profesores imitando relinchos, bufidos, gruñidos, maullidos, ladridos: la vida era, otra vez, normal" (432).

¹ Las citas de páginas entre paréntesis remiten a Mario Vargas Llosa, *La ciudad y los perros* (Madrid: Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española, 2012).

También los hábitos sexuales de los pupilos expresan bien la condición animal por la que atraviesan estos cadetes. El bestialismo y la grosería extrema de los apetitos experimentados y confesados por los colegiales, lejos de ser propios de su edad, son el sello que confirma que la ferocidad sexual asumida por los muchachos procede de la desesperación de ser prisioneros de una disciplina arbitraria y malvada. Pues esta animalización del joven que es destinado a la educación militar como castigo de su desobediencia o de su fracaso como estudiante, está estrechamente ligada a su instinto acertado de la infundada autoridad que ejercen sus profesores y superiores. Dice uno: "Mi padre decía que yo estaba pisoteando la tradición familiar. Y para corregirme me metió aquí" (151). La jerarquía militar del Colegio carece de prestigio para los estudiantes, que la obedecen sólo por miedo a los castigos y que han de simular un respeto que les falta por completo. El poder de las autoridades es real —pueden castigar, encarcelar, aislar, torturar, expulsar— pero los procedimientos del sistema que confiere a los superiores tales poderes sobre los cadetes y también sus posiciones subordinadas, son mantenidos en estricto secreto en la institución debido a su naturaleza inconfesable. Por eso, cuando sus representantes desean impresionar, sólo producen una solemnidad vacua, carente de fundamento. Los estudiantes huelen la mentira, pronto descubren que también las autoridades tienen miedo de perder sus privilegios y están forzadas a engañar a sus superiores. De manera que la institución entera y su autoridad acaba siendo asimilada por los narradores al orden zoológico que allí prevalece. Un estudiante se refiere a las oficinas de los directores como "las madrigueras de las autoridades del colegio" (382). Los profesores, que abusan a sus discípulos, son a su vez abusados, humillados y ofendidos por sus superiores militares. Y, en este sentido, todos son animales aterrorizados, forzados por sus necesidades a someterse contra su convicción y voluntad. Aquí no hay nadie libre de la opresión general, llamada disciplina y sostenida por el miedo y la simulación. ¿Por qué es precisamente la animalidad la que ofrece un escape a la opresión y al miedo?

A menudo ha llamado la atención la variedad y la multitud de los animales que pululan por las páginas de *La ciudad y los perros*. Como en Kafka, unos cuarenta animales diferentes forman parte de la narración. Son ya sea presencias actuales, como la vicuña del Colegio y la Malpapeada, ya amigos, víctimas o enemigos del hombre, utilizados en esta historia por los narradores como términos explicativos de características personales, como análogos descriptivos y recursos para insultar y por fin, como portadores de cualidades superiores que honrarían a cualquier humano. Esta multitud de animales para todo uso no está allí por casualidad o porque sea una costumbre humana rodearse de animales en la vida real. Aunque la presencia de la animalidad en esta obra ha sido percibida y mencionada por lectores y comentaristas, no parece que se hayan preguntado por la función literaria o simbólica que este insistente rasgo pudiera tener en la narración. Es una pregunta que vale la pena plantear.

¿De dónde saldrá la "fantasía" de que los alimentos tienen derechos? La seguridad de una separación radical entre los hombres y los animales podría servir como una licencia o permiso para comérmolos sin remordimientos, pero esta seguridad es vacilante debido a que las diferencias que nos separan de ellos son ambiguas.

Pasar desapercibido, adoptando los colores del medio, prefiriendo la noche para alimentarse y refugiarse en cuevas, bajo el agua, en la copa de los árboles: los animales ilustran los muchos recursos de que es capaz la vida amenazada.

La novela de Vargas Llosa, más que realista, costumbrista o representativa de asuntos extraliterarios, es una obra crítica, en el sentido en que lo ha sido frecuentemente la novela social, la novela negra o ácida de autores contemporáneos como Álvaro Pombo, por ejemplo. Y es crítica no tan sólo de los lugares comunes sobre la educación de los hijos, sino crítica también de la ciudad del título, crítica del país del escritor, esto es, de situaciones en que los colegiales han de animalizarse antes de llegar a ser personas. Dicen los personajes: "Lima es la ciudad más corrompida del mundo" (121). "En el Perú todo se hace a medias y por eso todo se malea" (210). En la medida en que la obra exhibe situaciones convencionales ellas aparecen ya ponderadas críticamente en su valía y alcances para la situación narrada.

Los culpables castigados con el tratamiento que se describe en el libro no están preparados, no saben con claridad lo que pueden llegar a ser ni lo que podrían legítimamente querer. Bajo la presión del miedo a los castigos, de la ignorancia de la situación, de las necesidades insatisfechas y los deseos inarticulados, los colegiales tantean, experimentan, se atreven, aprenden a mentir, a traicionar, a someterse, a negarse y a contentarse con refugios y escapadas provisionales contra lo permitido. La precaria humanidad de los cadetes, acorralada y bajo presión, recurre a la animalidad como uno de sus posibles refugios. Les parece una condición libre de reglas. Invita a seguir un ejemplo animal conocido: someterse sin reservas a la voluntad de los más fuertes es la astucia de los animales domésticos. Aparentar indiferencia al peligro y capacidad de soportar el dolor, mostrar los dientes como disposición para agredir, es la política de muchos animales salvajes. Pasar desapercibido, adoptando los colores del medio, prefiriendo la noche para alimentarse y refugiarse en cuevas, bajo el agua, en la copa de los árboles: los animales ilustran los muchos recursos de que es capaz la vida amenazada.

La idea genial de esta novela crítica fue representar las formas precarias y amenazadas de la vida colegial entendida como castigo y última oportunidad, borrando la línea divisoria entre humanidad y animalidad. Hay quienes aún celebrando la narración, se han quejado del Epílogo de la novela, que enfrenta al lector con una situación enteramente diferente a la del cuerpo narrativo principal, el cual desemboca en una crisis que redirige las vidas de los protagonistas y los embarca en direcciones diversas. El Epílogo, marcadamente ambiguo, nos transporta a un tiempo posterior a la estadía de los cadetes en el Colegio militar. Los encontramos cambiados y aparentemente listos para adaptarse a las formas de vida de esa sociedad vapuleada antes por la acerba crítica de los narradores novelescos. ¿Los ex cadetes, han hecho ahora las paces con esos adultos capaces de confundir la educación con el sometimiento a la brutalidad, el sometimiento a la hipocresía y la mentira? Aquellos que demostraron que, a pesar de su degradación, eran capaces de juzgar a la sociedad dividida por diferencias económicas, oposiciones raciales, prejuicios mutuos entre barrios o zonas del territorio nacional, entre indios, serranos y limeños de una u otra clase, vuelven a juntarse en una comunidad que reproduce a la anterior, habiendo depuesto sus reservas críticas. ¿O ser adulto significa adaptarse a lo que hay, sea lo que sea, cueste lo que cueste? El Epílogo no lo dice pero tampoco lo niega. Si la novela es crítica, su Epílogo corona la crítica con la suspensión de todo juicio. Los hijos están convirtiéndose en padres, los novios se casan, los antiguos compañeros se separan, algunos militares van a dar a la provincia, algunos padres mueren. El recuerdo del Colegio adula sólo a los animales: "Los perros son bien fieles, más que los parientes, no hay nada que hacer" (230). "Cuando salga del colegio no volveré a ver a nadie de aquí, salvo a la Malpapeada, a lo mejor me la robo y la adopto" (325). Algunos proyectos se cumplen, otros fallan, así es la vida, como dice todo el mundo. ×

Leones

IOSI HAVILIO

IOSI HAVILIO (Buenos Aires, 1974) es escritor y guionista. Su primera novela, *Opendoor*, publicada en 2006, ha sido editada en España y traducida al inglés. "Leones" es parte de su última novela, *La Serenidad*.

El Protagonista se había arriesgado desplazándose al centro de la avenida para admirar su obra desde el llano. Y hoy, como nunca, su Yo Pequeño de allá arriba se esmeraba, para con-
graciarse. Fue entonces que vio cómo en el aire infinitos aviones de distintos tamaños, colores y espesor formaron como por arte: Tres Leones (dos despiertos, uno dormitando). Pero no Tres Leones al azar, elegidos en la jungla porque sí: Tres Leones con sentido, modelando sus melenas para darse a conocer, Tres Leones que lo nombraban guturalmente, entre rugidos. Lo nombraban, Tres Leones que lo saludan con sonrisas, aunque el soñoliento lo haga a regañadientes; la boca se le cae tarde, no hay tiempo para el asombro, estos Tres Leones están más allá de la destreza, esas melenas existen, esos colmillos lustrados lo interpelan, conocen bien El Catálogo de Sus Virtudes, Defectos, Vicios, Callos, Horrores Semanales, Lo saben de memoria. Lo vieron mirar las estrellas estúpido como pocos, emocionarse con canciones cerca de fin de año, abrazarse con desconocidos en la playa, gozar en el reviente, decir barbaridades; lo saben tuerto, payaso, adorable y muerto, podrido de romanticismo; Tres Leones perseverantes, que llevan adentro toda su hermenéutica: La Nada, La Casi Nada y otra vez La Gran Nada: lo vieron broncearse las heridas en la plaza seca de los artesanos, llorar por los pasillos de un hospital de paro, plantarse insolente frente a Un Compositor y no salir airoso, saben que un perro de chicas bien le meó el hombro mientras tomaba sol y él no supo pronunciarse, jugó el juego de la naturaleza, estuvieron cerca suyo la tarde que estrelló un gato contra la pared porque no toleraba más esos maullidos dictados por su conciencia, con pala y escobilla recogieron sus restos la noche que dijo: ¡Esta es mi debilidad...! Merodearon la manzana los días que pasó internado: la panza un hervidero de renacuajos en la sala más soleada del mundo: embarazo múltiple y psicológico. ¡Cuánto lujo en el ajuar del dolor! Y su primogénito, blanco y rojo, apéndice de immaculada concepción, los mismos ojos, la misma naricita... hubiera querido ser madre de trillizos... y la madre de su padre y el padre de su madre... ¡Filipino por tres noches! Pero no lo juzgan ni lo desprecian, saben perdonar. ¡Cuántas veces lo vieron feliz? Verdaderamente feliz, pleno, satisfecho de todo. ¿Siete? ¿Once? ¿Treinta y seis? Las estadísticas varían al ritmo de los criterios. El cuadro se pone en movimiento. Estos Tres Leones que son su creación le muestran ahora sus fauces abiertas de par en par, los ojos dulces, pícaros, terriblemente cómplices como diciendo: Los trenes no pasan dos veces cargados con el mismo néctar... Los

cambios se aceleran en vías de la desintegración, melenas por fauces, fauces por garras, garras por ojos, los oráculos se esfuman sin antes advertir un peligro que El Protagonista no entiende, ni ve. En cuestión de un chasquido, el espectáculo se torna demasiado espectacular: inabarcable vacío, destreza pura, virtuosismo: tan triste; el escándalo se cristaliza alabando eso que tantas veces había despreciado a la salida de un teatro, en las puertas de algún recital bajo el puente, oyendo standards alterados en el Olimpo de la Mediocridad... ese discursillo que sabe viejo pero que le calza sin esfuerzo, esa comida para zonzos que preparaban a diario los embanderados de las funciones y de las estrategias... el resultado: un impacto sonoro como cachetada de yeti; pero que pasado el fervor, la inflación, pasada la mueca de la ironía sostenida, no quedaba mucho; por eso mismo, Rey de los Diletantes, El Protagonista cruza la avenida mientras que a sus espaldas una de sus últimas invenciones se plasma en el éter como si nada: Un cura pederasta matándose en Internet. El Protagonista pensó: Así es el pasado, se esmera en aparecer como sombras de un resplandor, genialidades de papel que se lleva el aire. Pegó una última ojeada, un aquelarre se había apoderado de todo. Y ya empieza a olvidar, como se olvidan los malabares al instante de acabados, y va al frente en su noche día, y llegaría lejos, si no fuera que el rencor produce incalculables cuando el Yo asoma. El ataque se inicia tan sutilmente... ¿cómo podía imaginar que un peón sería la punta de la embestida? Una puntada detrás de la nuca que pincha, sí, pero que podría ser nada. Un aguijón extraviado en el aura. Enseguida otro. Y otro. Ay, y uno más. Ay ay ay. Le están picoteando el cogote alevosamente. Apenas se da vuelta y mil aviones se le vienen encima, un bombardeo feroz que lo tiene como único objetivo, perfectamente dirigidos a su integridad, porque no hay un alma en la pista. Ya lo sabe, sin necesidad de investigar: la mano que abre fuego es siempre la misma, su mano, más agrandada y peluda, agazapada y rabiosa, probando su arte vengador, tantos años abandonado en esa actividad inmunda, palomo de la fatalidad, y ahora esta indiferencia lavapiés, pero no hay tiempo para diálogo ni consideraciones, estos pájaros asesinos dejan de ser de papel, se organizan, les crecen garfios, alas, picos rapaces... Y en esta avenida que se angosta como embudo, al Protagonista no le queda otra que largarse a correr agitando con frenesí el brazo derecho como para partir el aire, los dedos de la otra mano tapan los orificios en la nuca ensangrentada. Y sangra, sí que sangra. No alucina, es lo que estrictamente sucede. x

Santiago, ciudad de pájaros

SEBASTIÁN SCHOENNENBECK

SEBASTIÁN SCHOENNENBECK (Santiago, 1975) es doctor en Literatura de la Universidad de Chile y profesor en la Universidad Católica. Se ha especializado en literatura hispanoamericana y en la obra de José Donoso.

El poeta y ensayista chileno Luis Oyarzún hablaba acerca de una particular barbarie: somos entes incivilizados al desconocer los nombres de las especies endémicas de la flora y fauna. Es decir, una manera de habitar nuestro ethos nacional consiste en saber identificar las plantas, árboles, flores, animales y aves que viven en nuestro territorio. Este ejercicio conjuga el uso adecuado de la palabra (saber nombrar) y una práctica visual sensible, fina, atenta y rápida. Creo que el pensamiento de Luis Oyarzún nos estimula a cultivar un arraigo nacional de un modo diferente, ya que supone experimentar el territorio como medio ambiente, es decir, como espacio de sobrevivencia biológica. Al mismo tiempo, reconocemos la tierra de nuestros padres y madres no sólo a través de discursos hegemónicos, colectivos o masivos, sino también por medio de una aproximación visual e individual a nuestro entorno. Nuestra mirada y los nombres que brotan de nuestra lengua transforman el entorno en paisaje.

La observación de los pájaros que habitan nuestra polvorienta ciudad es, por ende, una actividad que, en el buen sentido de la palabra, nos civiliza. Devenimos ciudadanos si reconocemos al tordo cuyo color contrasta con el verdor del plátano, árbol que el oscuro pájaro suele elegir para también ser reconocido por su trino. Pero si de canto se trata, la tenca brilla sobre todas las demás. Ella permite ser nombrada gracias a su canto continuo que nos llama la atención y sana nuestra sordera insensible. Reconocemos a la tenca no por su color gris y deslavado, sino por su sentido musical. Esa es al menos la advertencia ornitológica y poética que Gabriela Mistral expresa en un poema titulado justamente "La tenca" y que podemos encontrar en *Poema de Chile*. Ahí, el niño-ciervo discute con la mamá, diciendo que, a veces, el tordo canta mejor que la tenca. Esta sana competencia entre ambos pájaros nos permite también reconocer los árboles. Según Gabriela Mistral, el tordo canta sobre la higuera; la tenca, en cambio, en la rama más empinada de un peral. Por ende, se reconoce la especie desde múltiples variables que aprehendemos gracias a nuestra diversidad sensorial. Si el tijeral se deja ver suavemente por su larga cola parecida a una tijera, el nervioso chercán se deja oír con su canto. Advertimos la presencia de una rara hembra y de un diucón por el rojo de sus ojos amenazantes. La espalda de la rara macho nos recuerda, en cambio, el arte de Durero. Siempre pienso que la línea que dibuja la nuca y dorso de este pájaro cercano a las ventanas, pudo haber sido trazada por la mano segura, continua y certera del maestro alemán.

La presencia cantora y cromática de los pájaros anuncia también las estaciones del año. Durante la timidez del invierno, los jilgueros abandonan las zonas precordilleranas y bajan al valle del Mapocho. Prefieren los barrios acomodados, porque ahí encuentran el fruto seco que cuelga de los esqueletos y nervaduras del liquidámbur.

La observación de los pájaros que habitan nuestra polvorienta ciudad es una actividad que, en el buen sentido de la palabra, nos civiliza. Devenimos ciudadanos si reconocemos al tordo cuyo color contrasta con el verdor del plátano, árbol que el oscuro pájaro suele elegir para también ser reconocido por su trino.

Fue entonces que vio cómo en el aire infinitos aviones de distintos tamaños, colores y espesor formaron como por arte: Tres Leones (dos despiertos, uno dormitando).

El gorjeo del zorzal, nuestro ruiseñor criollo, anuncia la hora del día. Lo oímos antes del amanecer. También se deja sentir gracias a un gorjeo triste durante la siesta veraniega o durante el crepúsculo de la tarde, mientras desentierra la lombriz en el suelo oscurecido por un peumo.

Finalmente nos apropiamos de la ciudad y nos arraigamos en ella al sentir la nostalgia por las aves que no gustan ni del cemento ni de los jardines tan regados. La loica y la diuca, por ejemplo, prefieren los potreros de los rulos. Pero esta ausencia da lugar al cachudito, al fio-fío de penacho claro e, incluso, al pájaro carpintero de pluma castellana y roja cresta. Todos ellos, paradójicamente, humanizan la ciudad, no porque tengan rasgos humanos, sino porque permiten establecer una relación a escala humana entre el paseante y el entorno urbano. Es fácil desconocer nuestra ciudad. De las esquinas de toda la vida, brotan torres y edificios. Las viejas casas caen acompañadas de sus árboles añosos. Y si las casas se conservan, son maquilladas groseramente con los colores corporativos de la empresa o entidad que ha tomado el lugar. Ante este panorama de la barbarie carente de imaginación y de sentido del pasado, las aves podrían generarnos un sentido de pertenencia. Son como las dueñas de casa que nos reciben hospitalariamente. En efecto, habitan nuestra geografía desde mucho antes que nosotros. Es esta permanencia natural la que genera en nosotros una actitud de respeto y cariño. En definitiva, es esta belleza ancestral la que nos estimula a caminar por la ciudad con un paso cerval para así no ahuyentar el canto de los cielos. x

La presencia cantora y cromática de los pájaros anuncia las estaciones del año. Durante la timidez del invierno, los jilgueros abandonan las zonas precordilleranas y bajan al valle del Mapocho. Prefieren los barrios acomodados, porque ahí encuentran el fruto seco que cuelga de los esqueletos y nervaduras del liquidámbar.



VERTIGES / CHARLOTTE DE PERROT

El dorado

IGNACIO MORALES VALDIVIA

"La vulnerabilidad de las cosas preciosas es hermosa porque la vulnerabilidad es una marca de existencia"

Simone Weil, *La gravedad y la gracia*

La primera vez que lo vimos fue en *Aguirre: la ira de Dios*, la película de Herzog. Aunque no sabíamos que lo estábamos viendo, se mezclan aquí diversos factores; lo heterogéneo de su fisonomía, la brevedad de la escena, y el monopolio de la atención ejercido por el rictus angustioso e irrevocable de Kinski: Aguirre con afectado amor, húmedo e incestuoso, entrega a su hija un ejemplar de *Cyclopes didactylus*, hormiguero pigmeo u Oso oro.

Han pasado los años y alquilamos una habitación en San Ignacio de Moxos, un pueblo del oriente boliviano, circunscrito por la selva, las sabanas inundables y los ríos Apere, Senero y Tijamuchí. Por la noche nos hamaqueamos para batir la humedad y el calor asfixiante de la región, mientras R, el dueño de casa, enumera los animales que han pasado por ahí. La lista es extenuante y en ella coexisten animales mayores como el jaguar, la anaconda y el caimán, y bestias menores; armadillos, nutrias y monos ardilla. La extensión resulta abrumadora, pero no inverosímil, la profusión de la naturaleza no tan sólo circunda a los pueblos de la Amazonía, sino que los constituye. La presencia de fauna y flora diversa es un hecho constatable a diario, basta ir a colgar la ropa para atisbar el movimiento de la hierba causado por el desplazamiento de algún ofidio temeroso.

Súbitamente R hace una pausa, mientras enciende un cigarro nos mira con atención, pretende captar el efecto de sus palabras, no de las que ya han quedado sumidas en la humedad de la atmósfera, sino de las que se apresta a soltar. Oso oro, el animal más bello y extraño que ha visto alguna vez. Hace un par de años se lo trajeron de regalo o lo cambió por unos metros de alambre, no lo recuerda con exactitud. Antes de continuar el relato nos advierte que es un animal mágico.

Diminuto, no sobrepasa los cuarenta centímetros, dotado de un pelaje único, finísima seda de un dorado pálido cuyo registro de tonalidad oscila entre el blanco y el cobre. Más allá de la exótica fisiología del animal, su hermetismo descansa en su habilidad sobrenatural para el desvanecimiento. Se dice que al enfrentar la reclusión, sin mediar alternativas lógicas de escape, desaparece, dejando como único testimonio de su presencia una que otra pelusa de su hermoso pelaje, suerte de residuo tras la combustión que le propicia el disolverse.

IGNACIO MORALES VALDIVIA (Santiago, 1986) es licenciado en Literatura y Pedagogía en la Universidad Diego Portales. Forma parte de la Muestra Dinámica de Poesía Latinoamericana, Tea Party II.

R cesa de hacer memoria y enfilamos por la senda de la especulación; si el animal se prende fuego a sí mismo hasta vulnerar su unidad, si es capaz de arrollarse sobre sí hasta su mínima expresión y deslizarse entre los intersticios, si su solidez corpórea obedece sólo a la presencia de luz y ante la oscuridad se libera de la esclavitud de la materia, si sus células son empáticas y se fragmentan y reparten en el todo. R fuma con esmero y para inocular veracidad al relato afirma que guarda aún la jaula del hecho. Su hijo, no sin cierto desgano, trae una jaula mordida por el óxido, la examinamos, constatamos su unidad y entereza de celda.

La historia nos invita a la digresión, esa noche lo imaginamos un hermano lejano del ornitorrinco, un primo en cierto grado del castor, criaturas en apariencia formadas por el azar y la permutación de fragmentos. El sueño demora en asentarse y lo intuimos posado con delicadeza sobre alguna rama, su cola prensil rodea la superficie, con la lengua engulle las hormigas incesantes que recorren el follaje. El sol cae resplandeciente sobre su pelaje eléctrico. Nos sentimos tentados a pensar su trompa como la de un elefante enano, pero no, se impone la idea de que la criatura no debe ser pensada como un enano, sino lo contrario, una suerte de gigante, pseudo quimera del reino de hormigas.

Picados por el deseo de experimentar la existencia del Oso oro, recabamos información: la búsqueda nos dirige hacia L y su casa en las afueras. Nos presentamos con plátanos maduros y un poco de charque, la anciana nos invita a pasar y se dispone a fritar los plátanos. Le develamos el motivo de nuestra visita: el Oso oro. L ríe destemplada y los tópicos de R se reiteran; años atrás tuvo uno, no recuerda con exactitud cuándo ni de dónde lo obtuvo, es enfática al destacar que el animal desapareció sin dejar rastro. Para palear nuestra decepción, L nos invita plátanos fritos y nos presenta a Coco, un tucán asiduo a su casa. La anciana nos habla con cariño, abre sus manos arrugadas y abraza las nuestras, con delicadeza y honestidad sostiene en sus ojos nuestras miradas.

La serie de fracasos que se suceden a lo largo de los días no atenúa de manera alguna nuestro interés en la criatura, por el contrario, el aura sobrenatural del Oso oro crece y se multiplica en nosotros. Donde antes proyectábamos un Oso oro aislado, representación de lo uno, discontinuo, recortado contra la noche, ahora vemos una multitud, la iteración de los siglos, el continuo de la especie, múltiples parejas de Oso oro copulando entre el ramaje a la hora en que el sol se resta e invierte sobre el hemisferio.

El día ha sido particularmente caluroso, por la noche la humedad es opresiva, los mosquitos reaparecen con su antigua saña renovada, difuminando la frontera entre sueño y vigilia. Al cerrar los ojos se nos muestra el animal, asistimos a su desplazamiento, la velocidad de sus miembros vulnera la noción de movimiento. Se aferra a la rama con sus dos dedos que repiten en menor escala su hocico. Son esos dedos los que arduos se empecinan hasta horadar la madera y calar la lengua en busca de hormigas. Sus ojos son dos piedras ínfimas y oscuras que proyectan trayectorias disímiles, dotados de una luz ligera y remota, suscrita a otro tiempo, a otro espacio.

Los siguientes intentos son infructuosos. Aparentemente, la población sabe de la existencia del animal, pero muy pocos han visto uno, la mayoría de los que atestiguan su realidad debe remontarse a la infancia para articular el relato. Pese a esto no abandonamos la búsqueda. R ha conseguido unos días en el trabajo y organizamos una entrada a la selva. Expone el plan de viaje: 40 kms. hasta un puerto cercano y luego cinco horas remontando la corriente del río Apere. Visitemos a E, quien retirado, cuida su propio ganado. Él es un iniciado en los misterios de la fronda, hábil rastreador de ofidios, excelso cazador de monte, cabal hombre del oriente.

Ya en el río, la selva nos regala la parsimonia de sus habitantes. Las aves se van definiendo sobre las riberas con espectacular nitidez: la intensa claridad del lomo azul del martín pescador, el blanco anterior al blanco de las garzas, la zambullida escandalosa del pato cuervo víbora. Un par de bufeos se entretiene en torno a nuestro bote, a intervalos emergen sus cabezas rosas de frente abombada y hocico largo. Llegamos al final de la tarde, E nos recibe con la recia amabilidad de los hombres que viven sin mujer.

Es una noche cargada de murciélagos, picamos la carnada antes de subir a las canoas. La luna emerge, llena, y nos sorprende pescando en el río, el bote está quieto, amarrado a un árbol parcialmente sumergido. Una luna anaranjada y tremenda gana el cielo, su reflejo restalla de a pares en la orilla, revelando una hilera incontable de cabezas de caimán.

Bebemos. R le recuerda anécdotas a E, hay entusiasmo y energía. Bebemos y E cuenta historias del padre de R, en todas el valor se confunde con un concepto antiguo de inteligencia: un control total de los nervios, un dominio absoluto y preciso del cuerpo. Recuerdan con nostalgia tiempos más hostiles y bellos, cuando la lluvia era más larga y la sabana más profunda ahogaba a los caballos, viéndose los hombres obligados a ensillar enormes toros castrados capaces

Las aves se van definiendo sobre las riberas con espectacular nitidez: la intensa claridad del lomo azul del martín pescador, el blanco anterior al blanco de las garzas, la zambullida escandalosa del pato cuervo víbora. Un par de bufeos se entretiene en torno a nuestro bote, a intervalos emergen sus cabezas rosas de frente abombada y hocico largo



de quebrarlos de un sólo corcoveo. Se preguntan qué habrá sido de H, quien entrenaba perros tigreros y vivía en el monte, dedicado con obtusa delectación a la aniquilación del tigre y al alcohol potable, hasta que ciego imaginaba que los tigres trepaban por las habitaciones de su rancho. Bebemos y le preguntamos a E por el Oso oro, recuerda haber visto varios en su juventud. Dice que el animalito tiene un truco, que se confunde con el dorso amarillo de las hojas; dice que ya no se los encuentra, como el buey caballo y el entrenador de perros tigreros, pertenecen al pasado; dice que el mundo ha aniquilado la belleza a fuerza de buscarla, a fuerza de exhibirla. Bebemos. E se explaya, la tierra como la conocieron sus padres, como la conoció cuando niño ya no es, grandes extensiones de selva fueron y serán taladas, hay que sembrar pasto y correr el ganado. El Oso oro vive perdido en la fronda remota, lejos del hombre y las motosierras.

Volvemos al pueblo, R nos deja en la carretera, ahí tomamos un camión para llegar a Trinidad, la capital de la región. Antes de despedirse nos dice que vayamos a Chuchini, un zoológico en la ciudad. Ahí un Oso oro duerme el sueño de la taxidermia, pese a que el lugar es más un refugio que un zoológico. Esto es la reafirmación del dominio ilusorio, pero estable, del ser humano sobre la naturaleza. Incluso tras la máscara de la preservación de las especies, una suerte de apoteosis de la bondad humana, subsiste la idea del poder, del imperio humano sobre la tierra.

Recorremos el lugar con la mirada fija en la ausencia del Oso oro. Cuando le preguntamos al encargado nos guía hacia una vitrina de vidrio. Adentro, una roca y un tronco barnizado. La humedad imperante, la temperatura no regulada, constante falta de fondos, decadencia del arte de la taxidermia; son algunas de las causas que suscribe para explicarnos que el ejemplar disecado terminó por desmoronarse, pedazo a pedazo.

La levedad del Oso oro es latente y se manifiesta en una serie de silencios a su alrededor, no hay precisión al atarlo a la experiencia, se desvanece, gaseoso, ilusorio, esquivo. La enciclopedia lo reseña con brevedad: arborícola, nocturno, 18 cms. de cuerpo y 18 cms. de cola. Se extiende en los diversos nombres que se le han dado, quizás el que mayor belleza reporta es Serafín de platanar, un ángel patético posado sobre racimos incandescentes de plátanos.

Somos unos sacos de sudor y carne asimétricos, voyeristas e insaciables. La decepción de la búsqueda se disuelve en el hermetismo del misterio. La mejor marca de existencia del Oso oro es su invisibilidad, vivo en la memoria y el deseo, pero más vivo en su inaccesible morada, salvado de la desnaturalización radical y pornográfica a la que la industria científica del entretenimiento zoológico condena.

Vuelvo a Herzog, a Kinski, a Aguirre. La escena es breve: Aguirre entrega la criatura a su hija, el gesto es lúbrico y parece que le entregara un ángel. Pero esto es ya mi memoria, mi deseo. Reviso dos o tres veces la película y no logro dar con la escena. Apago el computador.

El sueño viene con su discurso a medias. X

El mundo ha aniquilado la belleza a fuerza de buscarla, a fuerza de exhibirla (...). La tierra como la conocieron sus padres, como la conoció cuando niño ya no es, grandes extensiones de selva fueron y serán taladas.

En la piel del oso

ABRAHAM POINCHEVAL

Este conjunto reúne los textos del artista Abraham Poincheval (Alençon, 1972) junto a una reflexión de Odile Plou (Bogotá, 1955). Ambos artículos giran en torno a un los trece días que pasó Poincheval dentro de un oso disecado en el Museo de la Caza y la Naturaleza de París, en abril de 2014.

El primero de abril¹ es el día en el que se pega un pescado en la espalda, el día de los locos, el día de los que no aceptan la realidad o la ven de otro modo. Esa fue la fecha en la que yo entraba en un oso naturalizado por trece días. No se trataba de un oso criminal que me hubiera devorado, sino de un oso dotado de una puerta lateral situada en su flanco izquierdo. Puerta que hace las veces de un espacio de aclimatación entre el mundo exterior e interior. Puerta a la cual se le abrió un orificio médico² situado en el lugar exacto en el que, en el caso de que usted quiera cazar el oso con un arco, ese es el lugar al que debe apuntar para alcanzar su corazón. Es en ese mismo sitio que se encuentra ahora mi propio corazón. La puerta clausura un espacio de menos de dos metros cuadrados excavados en el vientre del oso. En su interior todo ha sido meticulosamente preparado: el agua, los víveres, el baño y la lectura.



Primer día

A eso de las 11 de la mañana, cuando la cuenta regresiva llega a su término, entro en el oso vestido con ropa oscura y ligera, me acuesto en él, la puerta se cierra, el viaje inmóvil puede comenzar. Desde adentro puedo escuchar los aplausos, sordos a través de la espesa piel del animal.

Al principio, nada.

Hago un sonido: "Ah" desde el interior, el oso no responde. Muevo mis piernas y mis brazos lo poco que me es posible, no pasa nada. Entonces comienzo a esperar algo. Ya no sueño con osos corriendo por cam-

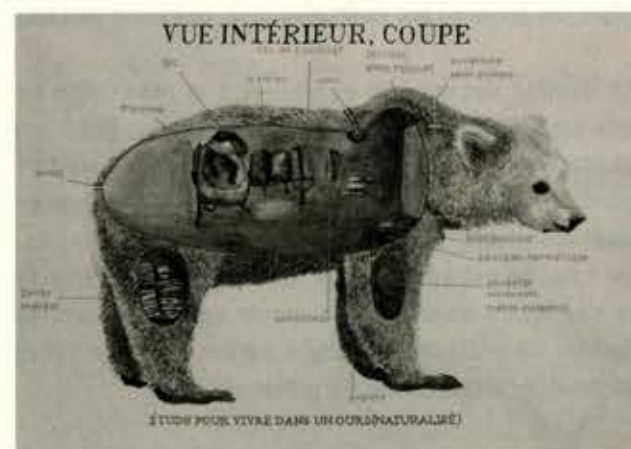
¹ El Poisson d'avril (pescado de abril) es una fiesta de origen francés, equivalente a la fiesta de los santos inocentes del 28 de diciembre, en la que es costumbre hacer bromas. Los niños la celebran pegándole un pescado de papel en la espalda a alguien que no se da cuenta.
² Pequeño orificio abierto en la piel del oso para introducir un estetoscopio desde el exterior en caso de problema médico benigno.

pos, sentados en mi sofá, sólo estoy yo frente a una instalación de cocina rudimentaria, y en el medio ese salchichón colgado, sudando encima de la hervidora eléctrica. Salchichón por el que siento una empatía devoradora. A las 5 pm una partícula de polvo atraviesa el rayo luminoso de la lámpara led. Cierro los ojos, al menos eso creo, hay una apertura. Lo que se abre no es la puerta ni un orificio dentro del oso, sencillamente "hay una apertura" hacia un cuarto de baño, una sala, un jardín luminoso en donde una mano viene a posarse sobre mi hombro para decirme "señor, no puede estar aquí". Entonces vuelvo a mi fortaleza peluda en medio de los demás animales muertos y el vibrar de la ventilación mecánica. Un camino hacia afuera: Buenas noches, jefe (es el guardián), ¿todo bien? ¡El museo va a cerrar, mañana va a haber mucha gente!

Segundo día

Antes que nada, no agitarse para no aumentar aún más la temperatura de por sí sofocante. En medio del ruido alcanzo a escuchar frases de un visitante que me lee Henry David Thoreau: "...la ropa, la ropa usada mucho tiempo"...

Por fuera, las manos acarician el oso y buscan en vano un orificio, permanezco alerta. Olivier, el guardián, se convierte en los ojos del oso frente a una afluencia cada vez mayor.



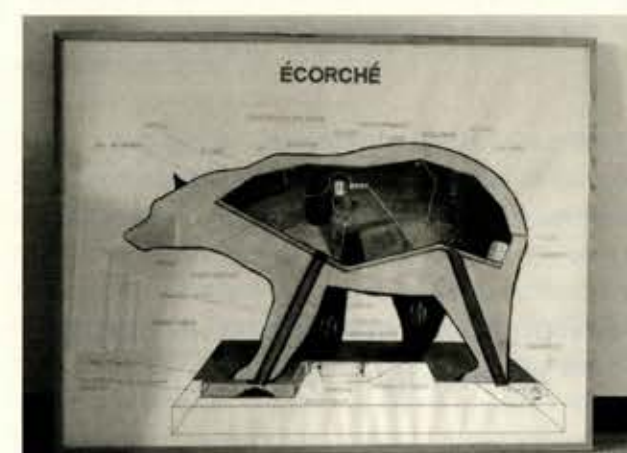
Tercer día

Es de mañana dentro del oso y yo pienso en mis intestinos, en los del oso y en su orificio anal obstruido por la reserva de comida que impide al espectador mirar a través de la mirilla instalada en el ano del animal. Me siento de la misma manera, así que ten-

dré que ocuparme de ello prestamente si quiero prolongar mi estadía unos días más. ¡Hecho! Manipulo mi mierda a través de la bolsa plástica para hacer una especie de escultura antes de deslizarla hasta la caja hermética que comunica con el interior a través del tubo de PVC que atraviesa la pata izquierda del oso. La angustia crece pensando que la botella Nalgene que me sirve de orinal se riegue, que el agua humeante de la hervidora eléctrica se derrame.

Siento placer al abrir el paquete de pescado seco, el olor me hace pensar al de un sexo, placer al sentir el sudor perlado mi frente, de repente en eso consiste el volver a ser animal. Siento empatía por la bestia, el hombre lobo de Londres, el hombre metamorfoseado en animal, por Elephant Man, por Dardeville -El oso tiene un sueño erótico

-Oso, oso ábreme o el cazador me matará.



Cuarto día

Existen varias maneras de acercarse a un oso:

-Leerle una historia

-Crear contacto a través de una voz femenina

-Acariciarlo

Quinto día

permaneces ahí
esperas a que venga
te sientes desfallecer
esperas a que venga
dices "hu, hu", pero no es suficiente
haces "RRRRR"
pero todavía no es suficiente
estás acostado
esperas a que venga del interior de este oso donde todo
se sacude desde que se te
ocurre moverte
¡te mueves!
finalmente termina por llegar
OSO

Adentro es de noche, afuera el día continúa.

Sexto día

La noche llegó al museo. Bo se instaló contra la pata delantera izquierda. Bo es el nombre de la voz que trae consigo sonoridades de una época en blanco y negro. ¿Ya tomó su aperitivo? -oigo la mano acariciar el pelaje- maní de aperitivo, no puede decirse que sea muy osudo... Conversamos y la charla se hunde en los relieves de terciopelo color berenjena que recubre los muros de la sala -lástima, el día de su salida ya me habré ido a la montaña- el parque cruje bajo los pasos de alguien más que espera su turno. Ella se va y se reúne con su grupo de amigas. A lo lejos, en medio de los chasquidos del piso de madera, alcanzo a oír un segmento de frase, "conocí a alguien".

Séptimo día

¡Oso, despiértate! Ya dormiste lo suficiente.

¿Sales o duermes?

Octavo día

Tal como los demás días de apertura del museo, yo recibo en mi oso.

Noveno día

Perdí la cuchara, lo que en un espacio así de reducido me parece imposible. Las catástrofes se suceden, el agua hirviente se riega y con ella la sémola de mi desayuno. Me toma cierto tiempo reemplazar el objeto perdido, que fabrico con la tapa de un paquete de pañitos húmedos y refuerzo con una cuerda, espero que resista los cuatro días que me quedan de vida osuda.

"Usted está verdaderamente muerto", dice una voz afuera.



Décimo día

Viejo, cómo vas, aquí hay un rincón que se organiza al ritmo de los encuentros, de lo que me dejan los visitantes. Ayer me leyeron un texto sobre un granero, en cuya penumbra, bajo el techo inclinado, oscilaba una cuerda al final de la cual había una chica llamada Cristal. En otro momento se trataba de una ciudad de Corea bajo la nieve, un coche, un hombre viejo, una frase incomprendible y el sonido de un ukulele. Otra vez se trataba

de otro yo devorador de ruinas. Hoy me dejaron una escalera pequeña que conduce a una habitación pequeña y roja, si entras encuentras un arsenal de objetos sadomasoquistas y de revistas pornográficas. Si retomas la escalera, bajo las vigas encontrarás una ciudad para tren en miniatura, y si avanzas más allá en la aventura, se abrirá una playa de arena blanca en medio de un bosque. En dicha playa se encuentra un hombre sentado con un cedazo.

Cordialmente.

Décimo primer día

El baño está tapado desde hace dos días.

Décimo segundo día

Me despierto con dolor de cabeza en medio de la basura que se amontona y me deja cada vez menos movilidad. ¿Será el licor de ciruelas? Acá se abusa fácilmente de todo, acá un poco ya es mucho.

Más tarde, le preguntan al oso:

¿Le hace falta la vida política?

¿Le hace falta la economía?

¿Quiere salir en la revista de las más grandes riquezas?

¿Es un récord?

El Transiberiano avanza, el paisaje es monótono y yo soy oso.

Décimo tercer día

"Un tiempo para buscar y un tiempo para perder
Un tiempo para guardar y uno para desprenderse".

Libro del Eclesiástico

La puerta se abre. ×

*El Transiberiano avanza, el paisaje
es monótono y yo soy oso.*



SOPHIE LLOYD / DANS LA PEAU DE L'OURS, MUSÉE DE LA CHASSE ET DE LA NATURE

Volverse animal

ODILE PLOU

Fue cuando me percaté de que intentaba, en vano, esconderme de los zancudos debajo de la delgada tela de la sábana, que le pedía disculpas a los perros cuando los pisaba accidentalmente, o que le maullaba a los gatos que no se dignaban a mirarme, fue entonces que me dije que esa situación no podía durar, que era el momento de cambiar.

Contacté una de las instituciones especializadas en el regreso a la animalidad que abundan hoy en día en las grandes ciudades. Me inscribí por un período de tres meses a partir del primero de abril, renovables si los exámenes finales no eran concluyentes, pero conseguí que me hicieran un precio especial en caso de una segunda inscripción.

Una vez que terminé los preparativos de mi partida, lo que más me costó fue aceptar las instrucciones que precisaban que no valía la pena llevar ni siquiera un cepillo de dientes: "Entre más cargado esté, más difícil le será liberarse" decía textualmente el reglamento enviado a los nuevos inscritos. Es así que procedí al desapego progresivo de mis necesidades básicas con el mayor rigor posible, teniendo en cuenta que soy un soltero empedernido que se ha acostumbrado a cierto confort, lo que algunos llamarían maniaquería. En mis bolsillos guardé únicamente la billetera para comprar el tiquete del bus, mi cédula, un pañuelo y un spray para refrescar el aliento.

Heme aquí, en el bus que atraviesa los campos devastados por la rudeza del otoño, bajo un cielo gris de plomo, surcado por bandadas de pájaros que lo atraviesan siguiendo una forma de "V", líneas de puntos negros e intermitentes sobre un fondo gris. Las aves migratorias siempre me han fascinado, su trayectoria me eleva hacia lugares exóticos que no conozco pero que deben ser, inevitablemente, mejores que donde estoy.

Finalmente llego a mi destino. A través de la reja veo la construcción central, una espléndida mansión de tres pisos rodeada de un vasto jardín meticulosamente cuidado. Mientras espero que alguien me abra la puerta me doy cuenta de que pasaré tres meses sin poder retroceder al punto de vista exterior del dominio que tengo en estos momentos. En el reglamento estaba bien claro que ninguna salida era posible, al final había un cuadro que detallaba, en caso de no acatamiento de las normas, el monto de las multas, sumas que sobra decirlo, eran altamente disuasivas. Cuando se abre la puerta me encuentro frente a un hombrecillo muy delgado en mangas de camisa que me mira desde abajo. Una vez consultada su lista me pide que firme frente a mi nombre y me indica un camino que conduce a la mansión.

Tres meses más tarde.

Al volver a mi casa después de todo este tiempo, la alegría de encontrar mi mundo, mezclada a una inconmensurable sensación de libertad, me devastaron. Pero la intensidad de dicho sentimiento se vio parasitado inmediatamente al escuchar un sonido inusual: un grupo de cuatro o cinco moscas ocupaban el aire de mi sala, ligeramente a la izquierda del eje central en el que está suspendida la lámpara de cristal. Me siento en el parquet para observarlas volar. Aíslalo una de ellas en mi mirada para seguir su trayectoria que traza una especie de paralelepípedo. Uno de los lados de la figura es más corto ya que la trayectoria se acelera en ese punto. No tardo en observar que se debe a que el ángulo superior coincide con la órbita de vuelta de otra mosca. No puedo impedirme pensar en un polo magnético que proyecta los dos elementos hacia direcciones opuestas. Me quedo un tiempo largo en esa posición, mirando las moscas volar en mi sala e intentando entender el porqué de sus órbitas que se superponen, siendo que mi sala es espaciosa, los techos son altos, el mundo es grande, y ese segmento específico de aire no me parece ni de mejor calidad, ni un punto de vista desde el cual la perspectiva sea más bella que en otra parte. Las horas pasan y siento crecer en mi interior un vacío que grita para llenarse. Es mi estómago que siento automasticar sus paredes a fuerza de contemplar las moscas.

La noche avanza, me siento exhausto, hambriento y muero de sueño. Me quedo dormido en el piso y sueño sin palabras, sólo intensidades, colores, angustias y placeres amorfos. Sensaciones puras, caminos hacia adentro.

Al despertar, el hambre me proyecta hacia el primer pedazo de algo más comestible que el mantel, y que resulta ser un trozo de mantequilla rancia de varios meses en la nevera, sin nada que pueda acompañarla. La grasa deja una película perfumada en mi paladar, exacerbando aún más el vacío de mi estómago. Me siento como si mi cerebro se hubiera relocalizado en mi vientre, y no pudiera pensar con nada más que con ese vacío doloroso. Cuando me doy cuenta de lo que hago es demasiado tarde, como si el horror me alcanzara cuando la sangre al fin recomienza a circular: arranco las matas secas de mi jardinera, devoro sus raíces, salpicando todo de tierra, yo incluido. Tengo, por primera vez la impresión de haberme convertido en un salvaje, que me cosquillea una parte del cerebro que nunca había sentido hasta entonces. ×



SOPHIE LLOYD / DANS LA PEAU DE L'OURS, MUSÉE DE LA CHASSE ET DE LA NATURE

Perros y gatos

ELVIO E. GANDOLFO

Tengo una relación buena con los gatos, y bastante mala con los perros. Además de múltiples motivos reales o imaginarios, que trataré de explicar, tal vez un elemento que influyó sea un poema que traduje hace unos cuantos años, de Lawrence Ferlinghetti:

La gata

La gata
se lame la pata y
se echa en
el hueco de la biblioteca
Ella
puede yacer en
posición de esfinge
sin moverse durante
tantas horas
y luego gira la cabeza
hacia mí y
se para y se estira
y me da
la espalda y
lame su pata de nuevo como si
no hubiera pasado tiempo real
No ha pasado
y ella es la esfinge con
todo el tiempo del mundo
en el desierto de su tiempo
La gata
sabe dónde mueren las moscas
ve fantasmas en las motas de aire
y sombras en los rayos de sol
Oye
la música de las esferas y
el zumbido en los cables de las casas
y el zumbido del universo
en los espacios interestelares
pero
prefiere los lugares domésticos
y el zumbido del calefactor

El nombre mismo del poema trae a primer plano otro factor. Con mucha frecuencia a un gato le digo gata, o viceversa, cosa que suele fastidiar un poco a mi hija Laura, que ha tenido la suerte de tener muchos más gatos que yo. Como viajo al menos una vez al mes a Argentina, dejé de tener todo tipo de animal desde que vivo solo: ponerme a buscar alguien que lo cuide, lo alimente, etc. me parece el modo en que una relación amable con un animal se vuelve un poco neurótica. Conviene que haya más de una persona en una casa con gato.

Hubo dos gatas, creo, últimas: una fue Bit, una gata que le cuidé a mi hija durante un tiempo corto. Tal vez inspirado por Ferlinghetti, y en el proceso mismo de cuidarla, y en el intento, por suerte fallido, de escribir un poema por día (como poeta me sentía capaz, pero como crítico considero que la poesía no se escribe así), hice un poema sobre esa gata, basado en la observación:



ELVIO GANDOLFO (Mendoza, 1947) es escritor, traductor y periodista. Ha trabajado en diversos medios escritos de Argentina como *Opinión*, *El Péndulo*, *Clarín* y el suplemento *Radar de Página 12*, además del diario *El País* de Uruguay. Entre su extensa obra literaria se cuenta *La huella de los pájaros* (poesía) de 1978, los libros de relatos *Dos mujeres* (1992) y *Ferrocarriles argentinos* (1997), y la novela *Boomerang*, de 1993. Ha traducido al español a autores como Tennessee Williams, Jack London y H. P. Lovecraft. Actualmente vive en Uruguay.

Lenguaje gestual y mímico

Hasta que abris la puerta
la gata es un bulto gris y sereno,
casi egipcio, enigmático,
que descansa apoltronada,
adormilada por el frío y la edad
en el sillón de entrada.

Pero en cuanto te ve
dispara la cola como un palo
erguido y nervioso, más neurótico
que agresivo. Y lanza un "miau"
corto y alto. Después se larga
a correr hacia la cocina
de ida y vuelta, como si tuviera
zapatitos de gata bailarina
y medio histérica,
con un collarcito enhebrado
de "miaus" cortos y altos.

Se calma totalmente cuando
cae el atún molido en el plato
y se agacha como un león
berreta y gris de Discovery Channel
que toma agua de un charco.

Reocupa el sitio ancestral
casi sagrado del sillón de entrada
y dormita.

Una hora después, cuando dejás
de trabajar un momento en la computadora,
aparece con la cola dura durísima
otra vez, pero ahora en diagonal,
y aúlla un "miaaaaauuu" que
te sacude las raíces de las ruedas.

Comprometido ya en su obra
o su ópera de desborde felino
le descerrajás un "¡chiiisttt!"
de final abrupto
que la dispara con la cola baja
a algún lugar de la casa.

La vez que viví más tiempo con una gata fue en Piriápolis, una ciudad balnearia. Si no me equivoco se llamaba Gris, y era parecida a Bit. Pertenecía a mi pareja de entonces y a mi hija. En su casa actual, con un patio enorme, mi hija tiene un gato (al que suelo llamarle gata sin darme cuenta), negro retinto, un poco hosco y chiflado (en cuatro saltos sube a una ventanita que está a casi cuatro metros de altura) (es una casa hecha como una casa de balneario, aunque está en un barrio de Montevideo), que se llama Pepe. Creía muy probable que le hubieran puesto el nombre basados en el apodo de José Mujica, el presidente actual de Uruguay, en ese entonces todavía candidato. Pero mi hija me aclaró que no: era por el sapo Pepe, un corto animado que le gustaba a Iñaki, mi nieto.

No trato con extrema dulzura a los gatos. Cuando se ponen chiflados de más suelo agarrarlos de la piel del lomo y sacudirlos un poco en el aire, diciéndoles, por ejemplo, con un vozarrón: "¿Te vas a quedar un poco quieto?". Como toda persona que hace algo así y a su vez aprecia a los gatos, opino que de ese modo el gato (o la gata) se portan mejor. Y que darles demasiada libertad y caricias, en cambio, los pone un poco locos. Más de una vez les he acariciado el lomo o la barriga y me gustó que ronronearan. Observación lateral: los gatos que no pueden salvarse son los que tienen dueños (o dueñas) levemente o muy psicóticos: absorben la locura ambiente y tienen caras (gatunas) de desquiciados o desquiciadas, como sus dueños. En cambio por lo general son hieráticos, miran algo que no se ve, resultan impenetrables. Todas características que me caen bien.

Los perros me resultan un poco insoportables. Son tan condenadamente sumisos, lambetas, y de golpe violentos y con altas dosis de mala onda. Todo eso siempre es negado de plano por los amantes de los perros. La primera agresión que recuerdo fue cuando era niño. Un tío estupendo, al que llamábamos Chiche mis hermanos y yo, me estaba paseando y de pronto un perro salido de la nada se me prendió de la pierna. Pronto vimos que diversas personas lo estaban persiguiendo: había mordido a varios y estaba rabioso.

Lucía, mi segunda pareja, tenía una cicatriz pequeña cerca de la boca, donde la había mordido de chica un perro (hoy casi no se le nota). Mi amigo Felipe Polleri se queda rígido cuando alguien está paseando un perro, sobre todo si es grande y con pinta de agresivo, durante los numerosos paseos que hemos hecho. Por lo general esperamos que pasen, o cruzamos a la vereda de enfrente. A menudo el dueño o dueña sonríen de oreja a oreja y aclaran que "es bueno", "no muerde", "es mansito". Los dos, como amigos y como escritores, tenemos cierto rechazo a la gente que manifiesta un enfoque tan edulcorado de la vida.

A propósito de ese animal que llamamos perro

BERNARDO SUBERCASEAUX

El chacal africano (*Canis aureus*) y el lobo asiático (*Canis lupus*) conforman las dos ramas de un tronco común del cual provienen todas las subespecies de perros que conocemos hoy día.¹ También aquellas que se derivan de estas últimas y que han sido creadas artificialmente en los últimos dos siglos, las que conforman la mayoría de las más de 400 razas actuales. Con respecto al pasado remoto, se ha logrado datar fósiles de perros domesticados ya en el 8.400 a.C., lo que ha llevado a calcular que la domesticación de perros en funciones de caza o de recolección se produjo entre diez y catorce mil años atrás.² En el mundo antiguo, en Grecia y Roma, los perros domesticados cumplían funciones de guardianes, de pastoreo e incluso de apoyo en las guerras. En España, en el siglo XVII, un tratado de Ballestería y Montería habla de distintas castas y oficios perrunos: menciona al lebel o galgo, al que destaca por su rapidez; al alano, mezcla de dogo y lebel; al dogo como un perro grande y servicial; al mastín como guardián del rebaño; al sabueso, oriundo de Saboya; al perro de aguas, lanudo que se arroja al agua para rescatar la caza; al zorrero; al perro de encargo, que busca la caza y la levanta, y al perro de ajeo, perdiguero. En definitiva, son perros con funciones específicas en torno a la cacería.³ Sabemos también, por la pintura de los siglos XV al XVIII, de perros más pequeños —casi siempre malteses— que aparecen en primer plano con sus amos y cumplen sólo funciones de compañía en los "jardines del amor" (alegoría del paraíso) o en ambientes aristocráticos y palaciegos europeos. Se trata, entre otros, de pintores como Renaud de Montaubon, Boticelli, Ticiano, Velázquez, Murillo y Goya.

El tránsito desde lobos y chacales a perros de compañía se da en el transcurso de miles de años, período en que la domesticación implicó la pérdida parcial de instintos (entendemos los instintos como pautas heredadas de comportamiento) y el aprendizaje de hábitos o conductas ajustados a sus nuevos espacios de vida y alimentación. Pero va a ser sobre todo en la modernidad capitalista cuando el número de perros de compañía tiene una explosión sin precedentes. Tal situación se da en un contexto de migración del campo a la ciudad, y de un aumento considerable de la vida urbana, en que el perro con fines utilitarios (pastoreo, caza) va dando paso a mascotas sin fines prácticos.⁴ Datos del año 2006 indican que en Estados Unidos había 74 millones de perros y en

Europa otros 70 millones; Donna J. Haraway habla de un *global companion-animal industry* y de un mercado de alimentos para mascotas en Estados Unidos de 15 billones de dólares anuales, sumados a un gasto por año de 10 billones de dólares en salud perruna.⁵ Un estudio de la Universidad Iberoamericana de Ciencias y Tecnología indica que en Santiago, en el año 2010, había 1.346.871 perros domésticos, 500 mil más que doce años atrás.⁶ La gran diferencia entre países considerados desarrollados y algunos países de América Latina, Chile entre ellos, es la enorme cantidad de perros vagos, perros callejeros sin casa. Lo que une, empero, al norte y al sur, son los millones y millones de perros en viviendas urbanas y rurales, que funcionan casi como miembros del grupo familiar, que tienen nombre, derecho a cama o caseta, comida y baño.

En la interacción hombre/perro vivimos en todos los continentes una presencia creciente de la máquina antropocéntrica. Los perros ejercen muchos de los oficios que practican los seres humanos. Hay perros que sirven como guardias en espacios públicos y privados, perros-policías que se pasean por los aeropuertos olfateando drogas o artefactos explosivos. Perros enfermeros que facilitan la vida a personas no videntes. Perros entrenados para detectar las bajas de glicemia en personas diabéticas. Perros terapeutas que ayudan a curar las depresiones y que avisan de ataques epilépticos, que guían a niños y a adultos con impedimentos físicos. Hay zoológicos (el Zafari Park y el Taiyuan Zoo, en China) en que las perras son madres sustitutas de otras crías abandonadas por sus madres (osos, lobos, leones y tigres). Hay perros acróbatas y gimnastas, perros que hacen deporte, que corren carreras o pelean entre sí para deleite de los aficionados; también perros que actúan en películas, en programas de televisión o que se transforman en estrellas de la publicidad. Hay perros pitbull y rottweiler que figuran a menudo —como delincuentes— en la crónica roja de los periódicos. Hay, incluso, perros de ficción, que escriben novelas.

En la sociedad perruna hay también fenómenos de inclusión y exclusión, segregación, estamentos y marginalidad, diferencias que reproducen las diferencias de la sociedad humana. Hay perritas fifis, enchuladas, perros de raza que poseen linaje, árbol genealógico y pedigrí, que meriendan en recipientes especiales y participan (siguiendo el patrón del *american way of life*) en certámenes de belleza o de adiestramiento. Otros son simplemente perros de hogar. Y otros, especialmente en Valparaíso, en Chile y en las ciudades polvorrientas de América

1 Konrad Lorenz *Cuando el hombre encontró al perro*, Tusquets, Barcelona, 1975.

2 Jean Lorscheider-House, "Rhetoric and Man's Best Friend", tesis para optar al Master of Arts, Dept. of English, U. North Carolina 2003. También Michael Fox, *The Dog: Its Domestication and Behavior*, Garland STM Press, Nueva York, 1978.

3 Alonso Martínez de Espinar, *Arte de Montería y Ballestería*, Madrid, 1644; Ricardo Monner Sans, *Perrología*, La Plata, Argentina, 1923.

4 Julieta Yelin "Kafka y el caso de la metáfora animal", en *Anclajes*, vol. 15, 1, Santa Rosa, Argentina, 2011.

5 Donna J. Haraway, *When Species Meet*, University of Minnesota Press, 2008.

6 Francisco Aravena "Perro mundo", revista *Sábado, El Mercurio*, Santiago, 6 de febrero de 2010.

Otro perro, en la cuadra de libros de la feria de Tristán Narvaja, se me acercó un domingo silenciosamente y me mordió, otra vez, la pierna. Pegué un alarido y traté de sacármelo de encima. Hubo una reacción instantánea de la dueña, que afirmaba, muy convencida, que yo "algo habría hecho" para enfurecer a su maravillosa (y para mí muy agresiva) mascota.

Hace poco vi un video que circuló mucho por Internet, filmado con cámaras de seguridad en la calle, donde se veía a un niño pequeño y distraído avanzando con una especie de triciclo. Otra cámara enfocaba a un perro común (ni doberman, ni rottweiler) que avanzaba lateralmente, miraba con cuidado por debajo de un auto agachando la cabeza (siguiendo al niño), empezaba a correr, doblaba alrededor del auto y aferraba una pierna del niño con los dientes y empezaba a arrastrarlo. En ese instante un gato (o una gata) salía como una tromba desde la derecha, le pegaba lo que parecían sopapos sucesivos al perro, que dejaba de lado la pierna y huía. El gato corría detrás de él, para asegurarse de que se alejaba. Como es lógico el pequeño film de acción confirmaba mis ideas y prejuicios sobre perros y gatos.

En las películas de terror un perro suele ser el animal que percibe al fantasma o la cosa sobrenatural, y le ladra. Además claro que conozco perros buenos, y hasta míticos, como Toby, un can negro de gran tamaño que vivía, cuidado y admirado por mis hermanos, en la imprenta familiar que funciona desde hace mucho tiempo en la ciudad de Rosario.

Para volver a los gatos, admiré mucho en Gris, en épocas difíciles en el balneario de Piríapolis, su calidad para el apoyo afectivo. A veces yo llegaba desde la calle con ganas de destrozarlo algo. El gato (o gata) me miraba y se retiraba con calma. Otras veces, en cambio, entraba un poco cabizbajo, encendía la computadora y empezaba a tratar de concentrarme en una traducción. El animal se frotaba contra mis piernas, y más de una vez se me subía al regazo. Pero nunca se quedaba más de unos minutos (le costaba menos quedarse dormido en la falda de mi mujer o mi hija).

Reconozco también que un/a gata/o, cuando está en celo, puede ser insoportable. Pero una cosa es ser un plomo, y otra atacar de pronto, sin orden ni concierto. Ahora hace tiempo que no me encargo de las tareas mínimas para cuidar un animal doméstico. Pero sigo prefiriendo a los gatos (o gatas) antes que a los perros. x



TRACES / CHARLOTTE DE PERROT



BERNARDO SUBERCASEAUX Licenciado en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, Magíster y Doctor en Lenguas y Literatura Romances en la Universidad de Harvard, es académico e investigador de la historia de las ideas. Algunos de sus libros son *Historia de las ideas y la cultura en Chile* (Editorial Universitaria, 1997-2007, disponible en ideasyculturaen Chile.cl); *Historia del libro en Chile* (2000), *Nación y cultura en América Latina* (2002), y *Mis queridos hijos* (Lom, 2004), entre muchos otros artículos y colaboraciones.

Latina, que no tienen donde vivir, perros vagabundos, andrajosos y pulguientos, excluidos del sistema, que deambulan hambrientos por las calles, desnutridos, mal olientes, rengueando o plagados de llagas, tumores y garrapatas.

Por otra parte, en la sociedad globalizada crecen los servicios para las mascotas: las industrias de alimentación, salud, vestimenta, acicalamiento, seguros y vivienda para perros. Hay desde hospitales, restaurantes, peluquerías, viviendas, hoteles, cementerios, isapres, sesiones de aromaterapia y psicólogos para perros. También un mundo de libros, revistas y programas de televisión sobre perros. El mercado de accesorios y del glamour para las mascotas pudientes también ha aumentado de manera considerable: se fabrican desde collares personalizados hasta chalecos, zapatos, calcetas deportivas, perfumes, lentes de sol y pelucas. Marcas como Gucci, Burberry y Louis Vuitton dedican colecciones especiales para esas tendencias. Incluso hay modas por adquirir ciertas razas, demandas que convierten a los perros de pedigrí en objetos de comercio, lo que da pie a una industria de producción selectiva. El mundo de los perros se ha integrado, entonces, plenamente, a un modelo de vida consumista.

En los medios de comunicación y en las letras contemporáneas abundan historias y crónicas que relatan las cada vez más estrechas relaciones entre perros y seres humanos. O que dan cuenta de las capacidades y sentimientos de los perros. Ahí está el video de ese perro que en una carretera rescató como pudo a otro perro, corriendo peligro de su propia vida, socorriendo así a un perro ensangrentado que había sido atropellado minutos antes por un vehículo que se dio a la fuga. Ahí está el relato del novelista francés Jean Giono, quién vivió en un pequeño pueblo de los Alpes franceses, y que cuenta el caso de su perro Cadet, que alguna vez lo acompañó al cine y que más tarde siguió asistiendo solo, de modo regular y por propia iniciativa. Ahí está la crónica de Joaquín Edwards Bello: "¿Han notado que nuestro pueblo, no ama muchas cosas, pero se haría matar por su perro? ¿Han presenciado el pánico que produce el paso de la perrera?" Ahí está Sigmund Freud, que algo sabía del intrincado mundo de los seres humanos, que en una entrevista de 1926 dijo: "¿Qué objeción puede haber contra los animales?" Y luego señaló, pensando en su perro: "Yo prefiero la compañía de los animales a la compañía humana", "las emociones del perro, nos recuerdan a los héroes de la antigüedad. Tal vez esa sea la razón

por la que inconscientemente damos a nuestros perros nombres de héroes como Aquiles o Héctor".⁸ Ahí está *Psychentral*, la revista virtual de psicología en la cual la doctora Suzanne Phillips argumenta que debemos observar y aprender de las relaciones que tenemos con nuestros perros y mascotas para mejorar las relaciones con nuestra pareja. Ahí está el caso de ese perro japonés, Hachiko, que solía esperar cada día a su amo en la estación de tren cuando llegaba de dictar su clase en la Universidad de Tokio, y que luego de que su amo sufriera un derrame cerebral mientras dictaba su curso, Hachiko siguió esperándolo en la estación de trenes por años y años, situación que dio origen a una película y a una estatua que honra su lealtad.

Son relatos que, sumados a los datos duros, contribuyen a constatar que paulatinamente se ha producido una osmosis entre la sociedad humana y la sociedad perruna. Resulta significativo que la publicidad de los alimentos para perros de las multinacionales no está orientada a los perros sino a los gustos y costumbres de los seres humanos. La comida que fabrican es para perros, pero las ilusiones que venden apuntan a consumidores humanos. El discurso de la hermandad y amistad hombre-perro está ya bien instalado en el imaginario social. Cada vez más los perros son concebidos como seres humanos. El antropocentrismo funciona entonces en dos planos: en el de la amistad, compañía y cariño, por un lado, como si el perro fuese un amigo o un hijo, y en el del consumismo, por otro. Como es evidente, casi nada de esto ocurre por voluntad o iniciativa de los propios perros. Se trata de un constructo de representaciones y de realidad que corre paralelo a una creciente sofisticación en la domesticación y amistad hombre-perro, y a un desarrollo y volumen cada vez mayor de la industria y del negocio de las mascotas, en una lógica de mercado. Una proyección hacia el mundo canino del imaginario social humano, un intercambio simbólico (unilateral) que paradójicamente revela la (proyectada) humanidad de los animales y, subrepticamente, la insociabilidad o soledad de la fisonomía espiritual del hombre contemporáneo. Hablamos de intercambio simbólico considerando que símbolo es aquello que hace ver en un objeto, entidad —y en este caso en un perro— algo distinto a sí mismo. En definitiva, la máquina antropocéntrica funciona vertiginosamente, en un mundo canino que, con sus vicios y virtudes, se ha convertido en un espejo oblicuo del capitalismo tardío y globalizado que habitamos.

Hablamos del escenario perruno como un espejo de

ese mundo, porque respecto a él también opera el pensamiento crítico (sobre todo en Estados Unidos). Sostiene que animales y humanos habitamos el mismo barco y que lo que ocurre con unos involucra necesariamente a los otros. Esta mirada promueve la necesidad urgente de estibar la carga —de animales y naturaleza— para que el barco no termine de hundirse. Este pensamiento tiene su expresión en la crítica al antropocentrismo y al humanismo que realiza la filosofía contemporánea, pero también en el pensamiento político y en el planteamiento de una nueva generación de derechos. Se habla de una "primera generación de los derechos humanos" refiriéndose a la familia tradicional, al derecho a la integridad física, a la propiedad y a la vida, derechos que emanan de la ética cristiana de Occidente; luego de una "segunda generación de derechos humanos" que corresponde a aquellos que emanan de la Revolución Francesa y de la Ilustración: son los derechos vinculados a la razón y a la libertad, a la libre conciencia, a la libertad de prensa y política, asociados a la noción de ciudadano y de democracia. Pero por sobre estos derechos, que conforman la base de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948), presenciamos hoy día una nueva generación de derechos, afín a las ideas de alteridad y diferencia; se trata de los derechos a la autodeterminación de los pueblos originarios y de las minorías étnicas, de reproducción, de las minorías sexuales, de los animales, también llamados "derechos humanos emergentes" que apuntan a reconocer —más allá del Estado y del parlamento— el rol de las organizaciones de la sociedad civil. La sociedad norteamericana, que ha sido, por una parte, motor del antropocentrismo y del capitalismo transnacional, ha sido también el centro dinamizador de las corrientes intelectuales que han deconstruido críticamente este proceso. Se trata de una bipolaridad de la nación norteamericana que se proyecta en las nuevas tecnologías y en las redes sociales, y que parece ser funcional a una extraña convivencia entre libertad, democracia y un autoasignado rol de gendarme o pitbull del mundo.

El movimiento por los derechos de los animales, que forma parte de este pensamiento contestatario, se propone defender a los animales de todo abuso y explotación, y otorgarles los mismos derechos de los humanos, estableciendo así una suerte de equiparidad entre la condición animal y la humana. Desde esta perspectiva, el movimiento por los derechos de los animales discute la supuesta excepcionalidad humana, señalándola como un prejuicio o como una fantasía.⁹ En el plano de la alimentación postula un comportamiento vegano, rechazando los alimentos que provienen del animal. Se pretende evitarles a los animales el sufrimiento y todo tipo de abuso, en última instancia devolver las manillas del reloj hasta antes del arca de Noé, de modo que las mascotas regresen a su ambiente natural, lo que implica tácitamente —así se piensa— asumir el punto de vista del

otro. El movimiento por los derechos animales en esta versión radical se diferencia de un movimiento paralelo, aquél que promueve el bienestar y buen trato a los animales. El primero plantea una crítica a la domesticación y al uso con fines antropocéntricos de los animales (sea en zoológicos, mataderos, alimentación, industria de pieles o lana, laboratorios, criaderos o simplemente como instancia de compañía, etc). De hecho, en Estados Unidos, las dos posturas se han enfrentado en una polémica semántica y lingüística: las varias asociaciones que forman parte del movimiento por los derechos de los animales promueven el concepto de "guardián" (sea de perros o de mascotas) en lugar del concepto de "amo", prerrogativa esta última que defienden las asociaciones vinculadas a la tenencia responsable y al buen trato, postura que comparten también las asociaciones de dueños de perros y mascotas. El concepto de "guardián" implicaría un respeto por la autonomía y por el punto de vista de los perros y de los animales, mientras el concepto de "amo" tendría una connotación afín a la máquina antropocéntrica. Para los partidarios de la tenencia responsable, el activismo por los derechos de los animales de Peter Singer y otros líderes de ese movimiento, pretendería en última instancia romper el lazo posesivo entre humanos y perros, o, en general, entre humanos y mascotas. Frente a esa pretensión los partidarios de la tenencia responsable argumentan que en la naturaleza los animales se ven enfrentados a una lucha por la sobrevivencia, y a escenarios bastante más crueles o amenazantes que los que se dan en la convivencia con humanos.

Más allá de esta polémica, lo que interesa recalcar es que las ideas y el activismo de ambas corrientes ha ido tomando cada vez más fuerza. Hoy está presente también en América Latina, y en Chile. Recientemente en la Municipalidad de Lo Prado, y en otras comunas de sectores populares de Santiago, los vecinos espontáneamente se organizaron para defender a los perros vagos y evitar la acción supuestamente higiénica de instancias municipales que pretendían exterminarlos. Los movimientos por los derechos de los animales o por la tenencia responsable de mascotas forman parte del escenario contemporáneo (tal como los derechos de género, étnicos o de alteridad). Son corrientes intelectuales que critican y erosionan pero también contribuyen a reacomodar las dinámicas de la máquina antropocéntrica. Son, además, movimientos que han recibido un apoyo decidido, tanto intelectual como económico, de algunos de los más destacados escritores contemporáneos, entre otros, de John Maxwell Coetzee, premio Nobel de literatura,¹⁰ y del autor colombiano Fernando Vallejo, quien ha donado considerables sumas de dinero —obtenidas en reconocimientos y premios literarios— a asociaciones de defensa y resguardo de los derechos perrunos. ×

¹⁰ Jean Lorscheider-House, op.cit.

¹¹ Autor de *The life of animals* (Princeton University Press, 1999) y *Elizabeth Costello* (Viking, Nueva York, 2003), obras en que la defensa de los animales es tema central.

Bestiario

JORGE BARADIT (Valparaíso, 1969) es escritor de literatura fantástica. Autor de las novelas *Ygdrasil*, *Synco* y *Lluscuma*. Su uso de múltiples plataformas tecnológicas para la narrativa y diferentes formas expresivas como el *mockumentary*, el comic y la música, complementan su obra literaria.

JORGE BARADIT

Hacemos espejo con el mundo, somos animales con un cerebro prodigioso y muy pobres herramientas de percepción. Construimos la realidad registrando fenómenos en la oscuridad con tres o cuatro sensores —ojos, oídos, olfato, piel— de muy baja calidad. Andamos a tientas por un bosque de ruidos, colores y formas, que somos incapaces de percibir, y nos guiamos por sombras, por dos o tres certezas y un mar de incertidumbre bajo nuestros propios pies. Hacemos espejo con el mundo. Queremos interpretarlo, nos asusta y queremos dominarlo como una hormiga intentando domar un león del que es incapaz de percibir más allá de los cuatro pelos del lomo entre los que habita y se mueve. "*Hic sunt leones*", escribían en los mapas para denominar zonas desconocidas del planeta, que hasta hace muy poco eran como las zonas desconocidas del Cosmos o de la propia mente; zona de monstruos, el lugar donde la naturaleza se volvía loca y producía engendros dislocados, el horizonte de eventos de la física actual, el punto donde el orden conocido, la seguridad, devenía caos y demencia. Los extremos del mapa, geográfico o mental, se volvían áreas de libertad, espacios donde la imaginación podía liberarse del orden conocido y dar rienda suelta necesaria al potro ganoso que todos tenemos dentro del encéfalo. Allá, lejos, más allá de la India, más allá de Cipango, en las estepas al interior de Mongolia, allá en la selva del Amazonas, dentro del bosque de Logres o en medio del mar de China, en los espacios desconocidos; allá hay monstruos. También en los callejones de Londres, en los subterráneos de New York o en los laboratorios secretos del Kremlin o los búnkers dentro de montañas de la Ahnenerbe nazi. En el clóset de nuestras casas, en el sótano del vecino, bajo la cama.

Cuando nos volvimos dueños de los mares los trajimos al centro de Imperio, construimos circos de freaks en los suburbios del Londres victoriano, donde los resurreccionistas electrocutaban cadáveres, la mafia de ladrones de cuerpos se cruzaba con médiums en las calles, los jardines tenían avestruces, guanacos y dragones de komodo, los fumaderos de opio y la inmigración de las colonias hacían explotar de imaginarios alucinantes los rincones de una capital famosa por sus asesinos seriales, la tuberculosis y por ser el escenario perfecto para la performance de John Merrick, el hombre elefante, el freak metáfora del hervidero circundante. Pero ni siquiera, frente a un espécimen tan extraño como Merrick, pudimos huir al sino de los catalogadores de monstruos. El lenguaje se hace incapaz, John Merrick era una acumulación de bulbosidades, deformidades y espanto; sin embargo el lenguaje sólo pudo recurrir a una figura conocida y llamarlo hombre elefante. Porque frente a todo lo que pudo esforzarse Pigafetta en sus diarios de viaje, a pesar de todo el empeño que le puso Ambroise Paré en su catálogo de maravillas, del esfuerzo de todo el pueblo griego en su colección de bestias, del concurso alucinado de cientos de creativos con todo el presupuesto del mundo en el universo creativo de la cinematografía del siglo xx, somos incapaces en realidad de producir monstruos. No podemos inventar bestias. Las armamos de pedazos de realidad, reconstruimos lo existente en esos rincones donde el caos nos permite delirar y las certezas caen a pedazos, y así armamos nuestras pesadillas con pedazos. Como niños despedazando juguetes, como Syd en *Toy Story* construyendo su zoológico personal cercenando la realidad y armando su bestiario perturbador con trozos de juguetes, perturbador porque reconocemos la dislocación, la cabeza de mujer sonriente en un cuerpo de araña, el automóvil con brazos de alienígena. Porque nuestras bestias son construcciones semánticas, mezclas de características en busca de un significado, connotaciones. Hombres toro, caballos con torso humano, leones con cabeza de mujer, alas de águila y patas de toro, aliens como insectos o fetos humanos, hombres-murciélago, hombres-lobo, mujeres-gato. Cuando Lovecraft intentó construir dioses y demonios nuevos chocó con esa incapacidad y debió reducirlos a frases elusivas, a disculpas gramaticales, a elipsis y reojos, a trucos. Los monstruos lovecraftianos son lo indescriptible, la marisma de nuestra mente.



Por ejemplo, los catastros medievales de animales desconocidos como metáforas forzadas y analogías cristianas que buscaban interpretar este mundo de dios, leer en la naturaleza el dogma de la palabra; el pelícano que habitaba al sur de India se abría el pecho para alimentar con su sangre a sus polluelos como lo había hecho Cristo con nosotros. Por supuesto el pico del animal debía ser afilado para cortarse, eventualmente era afilado como el acero, finalmente el pelícano tenía el pico de acero afilado como una espada y así, de boca en boca el monstruo se deformaba aún más pareciéndose a la idea, construcción colectiva, como lo es un mito, como se construye un mito que de tanto contarse por cientos de personas va tomando la forma del pueblo mismo. Hasta que esas bestias se convierten en declaraciones, discursos armados con pedazos de animales conocidos, de cadáveres a los que cosemos árboles, alas o pedazos de otros animales hasta dar con el mix perfecto. Entomólogos de pesadillas.

Por lo mismo, cuando la máquina hollywoodense tuvo todo el presupuesto para hacernos recorrer el universo en la serie *Star Trek*, fue incapaz de producir un bestiario nuevo, esa colección de inconcebibles que deben poblar los rincones de las galaxias. Sólo pudo imaginar el universo como un gran zoológico con planetas en vez de jaulas y con una mecánica clara; tomaban un aspecto de la personalidad humana cada vez —violencia, sensualidad, sabiduría, bajeza— la convertían en la condición dominante de una especie nueva y la dotaban de una apariencia coherente: el agresivo obviamente oscuro, fornido, sin cuello, con cuernos, un minotauro; el sabio era delgado, de colores azules y ojos grandes. Catálogo de connotaciones culturales, un viaje por la mente humana en realidad. Porque eso son los monstruos, los ángeles y las bestias: fantasmas internos. Siempre lo hemos sabido. Todo viaje para encontrarlos, en los bordes del mapa, de la galaxia o de nuestras ciudades, es un viaje hacia nuestro interior, un bestiario es un naípe de tarot para aprender por dentro, donde habitan desde siempre esperando encarnar como interfaces vivas para dialogar con nuestros temores. En realidad, son amigos conocidos, sombras de cuando nos conocíamos completamente antes de olvidar y convertirnos en personas. ×



Todo viaje para encontrarlos, en los bordes del mapa, de la galaxia o de nuestras ciudades, es un viaje hacia nuestro interior, un bestiario es un naípe de tarot para aprender por dentro, donde habitan desde siempre esperando encarnar como interfaces vivas para dialogar con nuestros temores.

Petites bêtes

FANNY MARGRAS Y NINON MAQUET

Fanny Margras (Guadeloupe, 1992) es alumna de literatura francesa en l'Université Jean Moulin Lyon 3. Ninon Maquet (Abbeville, 1993) es alumna de Sciences Po Paris y de la Sorbonne Paris IV (Literatura). Ambas estuvieron de intercambio en la Universidad Diego Portales en 2014.

Esta selección de autores franceses se articuló según la creatividad de los autores y se ordena subjetiva y evolutivamente: desde la potencia subterránea de los animales hasta la imaginación de los humanos; desde debajo de los allanados de la superficie hasta ese animal que no se sabe qué es, que se nutre de la imaginación del lector para existir y para tomar forma, del aullido del lobo centenario, símbolo de la historia.

(SIN TÍTULO)

Francis Ricard (Toulouse, 1947), poeta y ensayista.

•
los allanados éstos de la superficie no saben lo que ocurre en las ciegas profundidades dicen que es un parásito que socava galerías en el subsuelo oscuro dicen que agujerea y perfora que echa para fuera que hace montoncitos sobre los que los aplastados de la superficie tropiezan que es peligroso que hace montoncitos sin el menor ruido indefinidamente aquel parásito dicen esto debajo que escarba en el subsuelo oscuro un inútil que no sirve para nada entonces lo entran lo gasean lo matan hay que deshacerse de él dicen socava y socava y socava no sabe hacer otra cosa le da la vuelta a su mundo oscuro una vez al día nunca se le ve con los demás como los demás en la superficie nunca abre las ventanas permanece en la oscuridad socavando así por nada excava y excava y excava hay que cargárselo al inútil ése hay que erradicarlo entonces llegan los asesinos se les paga por eso de éstos no falta para matar eliminar gasear se apresuran al reclutamiento aquellos que nunca han socavado nada los ciegos aquellos de la superficie allanada entonces lo hacen se les paga por eso limpiar los subsuelos oscuros vaciar las galerías que ya nada vuelva a subir de allá abajo ni un volcán que se eructa de la tierra nada sino lo llano que no hace que uno tropiece que no estropea las máquinas de acero que deja que todo vaya rectito nada nada más que esto que todo sea llano sin nada que sobresalga que no haya nada salvo ellos aquellos que nivelan aquellos que entran aquellos que gasean aquellos que matan lo que está debajo aquellos solos sólo aquellos los allanados de la superficie que ignoran que cuando ya no habrá nada debajo no habrá nada encima

•
como de costumbre, he sido débil la dejé entrar por inadvertencia tontamente se me había olvidado cerrar la puerta y entró hacía semanas que venía llamando al cristal por eso no dije nada pensé me hará compañía así que está aquí sí que lo está y muy rápidamente entendí que había cometido un error no deja de girar a mi alrededor pero huye en cuanto me acerco para tocarla se calla de vez en cuando pero la mayoría del tiempo perturba mi silencio con sus vaivenes incesantes está empezando a exasperarme entonces he decidido actuar cazarla sabía por experiencia que no iba a ser fácil aquellos animales se agarran te descuidas por un momento de flaqueza e invade toda tu vida entonces le enseñé cordialmente la salida una vez dos veces le rogué la supliqué la ayudé la empujé abrí puertas y ventanas pero no quiso saber nada quería quedarse aquí seguir girando a mi alrededor irritándome fastidiándome entonces la empujé enérgicamente afuera golpeándola con un trapo pero no quería irse se agarraba se escondía en los rincones no escuchaba nada quería quedarse a fastidiarme a hacerme la puñeta no escuchaba nada me calentó todavía más entonces le pegué un trompazo la chafé la tiré a la basura y volví a cerrar la tapa ahora estoy tranquilo mejor así con la puerta cerrada nunca se sabe alguien podría entrar

Traducción de Amélie Bernal

Sabía por experiencia que no iba a ser fácil aquellos animales se agarran te descuidas por un momento de flaqueza e invade toda tu vida entonces le enseñé cordialmente la salida.

A doscientos kilómetros del Atlántico, en Francia, en Toulouse, en un barrio residencial construido a mediados del siglo xx, la plaza Marius Pinel es un cuadrado con césped, área de juegos infantiles, tilos, plátanos, canchas de petanca y un quiosco de música.

Ahí no faltan animales. Están tan presentes que los hombres quisieron imponer a los perros un "área canina", pero para los gatos o gorriones o palomas o mirlos o moscas o mariposas u hormigas o escarabajos o gusanos o ratas, no se han construido áreas comparables. Así pues, los hombres han constituido dos poblaciones de animales en la plaza Pinel: la de cacas soportables y la de cacas tan insoportables que el municipio ha enrejado un área que señalan inscripciones, flechas, símbolos, y que completa un distribuidor de bolsas negras para aquéllas que no serían eyectadas ahí. Dicha área está destinada a los perros, toda clase de perros, los podencos, los fox terriers, los bulldogs, los setters, los teckels, los chiguaguas, los pastores alemanes, los pastores belgas, los lebreles, los san bernardo, los King Charles spaniels, los schnauzers enanos, los ratoneros de Praga, los pekineses. En la plaza Pinel unos llevan correa. Otros corren pero vigilados por sus amos. Unos son grandes, otros pequeños, unos ladran ferozmente, otros se quedan tranquilos, pero todas sus cacas son indeseables. El "área canina" es su destino.

No obstante, nada de melancolía: no se ven perros que les tengan envidia a los gatos, mariposas, pulgas o lagartijas, cuya diversidad de proyectos excremenciales es aceptada. Puede que los perros sean cínicos. Si la ciudad les reduce la libertad coprofórica, pueden despreciar lo prohibido. El arte de cagar libremente es para ellos una práctica filosófica. ¿Habrá algo más dialéctico que evitar el área canina? ¿Algo más crítico, con hocicos asqueados y ladridos, que alejar a los amos de sus deberes de ciudadanos, obligarles a dejar que sus compañeros caguen en las rejas, en el césped, en las canchas de petanca, en las alamedas, como cagan ahí los gatos, las doríforas, las mariposas, los gorriones y hasta las gaviotas que llegan del mar y no vacilan en frecuentar la plaza Pinel, pero que nunca disfrutaban ahí la transgresión de lo prohibido? Esos libres cagones no tienen la inteligencia cínica de engañar a sabiendas. Siguen siendo animales.

Los perros manifiestan también su superioridad filosó-

fica ladrando en el quiosco. Se reúnen a veces bajo su elegante bóveda, edificada en 1933 para conciertos populares, donde sin embargo nunca se dan tales conciertos. Sólo perros, poetas y niños van ahí a emitir sonidos. Este quiosco es un enigma: los músicos ordinarios no logran usarlo para tocar ante el público, porque no perciben lo que están tocando. Cualquiera que cante o grite ahí puede creerse en las profundidades de una cueva sagrada que se hubiera usado o concebido para un culto de misterios. Nadie ha determinado si el arquitecto quiso originariamente un quiosco imposible o si cometió un error en la estructura acústica. Se enfrentan varias teorías, pero su confrontación desde hace medio siglo no cambia nada a la falta de orquestas en el quiosco. Sólo lo suelen frecuentar niños de la escuela cercana, poetas y perros que disfrutaban de sus ecos.

Los gatos no van ahí a maullar. Los mirlos, las palomas o los herrerillos no se juntan ahí para emitir cantos cada día menos suaves. La aguzanieves y hasta el mirlo blanco, que el autor de estas líneas sí vio algún día en la plaza Pinel, no pretenden ejercer ahí encanto alguno. Por su parte las lombrices, los cortones, las chinches, las escolopendras, los ciempiés no se toman la molestia de subir los siete escaños del quiosco para tumbarse al sol en el hormigón liso. Y nunca se ha visto ahí a ningún burro. Sólo a los perros les gusta oírse bajo la bóveda sonora. Unos casi aúllan a la muerte. Otros ladran de forma ridícula. Muchos con alegría. A veces se forman pequeñas jaurías, pero las más de las veces son vociferaciones solitarias.

Esos perros se parecen a los poetas a quienes les gusta juntarse en este quiosco para probar su voz, lanzar de noche sílabas hacia la bóveda, modularlas, hacerlas girar en torno a sus cuerpos. Escuchan cómo su soplo se mezcla por sus pies a su carne y flota luego con mil ecos. Para acompañar las mezclas sonoras, esos poetas van a recoger tierra del césped de la plaza Pinel. La echan en bolsitas y se la llevan, con sumo cuidado, a diferentes lugares del mundo, a Irlanda o a China, al Vaticano o a Cerdeña, a cualquier lugar. La vierten solemnemente salmodiando el nombre de Marius Pinel. Le llaman a este acto inútil —pero precioso según ellos— "pinelización". Procuran que, año tras año, se pinelice toda la Tierra. Sueñan con pinelizar también las estrellas. Les

parece que existe un acorde poderoso aunque paradójico entre el efecto sonoro del quiosco que metamorfosea sus palabras en una materia fluida, y la dispersión de un poco de esa tierra como gotas de esperma o palabras de evangelio.

Muchos perros cagaron en esta tierra que los pinelizadores trituran y metamorfosean en donativos para la Tierra entera, pero hubo también insectos y pájaros que cagaron en ella. Lombrices la atravesaron, la hicieron respirar. Babosas le babearon encima. Moscas ahí murieron. Ratones cavaron en ella para hacer sus madrigueras. Ahí se encuentran pelos de ratas descompuestas o plumas de mirlos. Millares de ciempiés tienen ahí sus tumbas. Innumerables pequeñas muelas fosilizadas. Hormiguean las bacterias. Ínfimos tentáculos se retuercen. Los poetas transportan este bestiario a cualquier parte. Dejan caer libremente la tierra de la plaza Pinel llena de animales muertos y vivos.

LA GOLONDRINA

El cielo la visitó a la salida del colegio. Un cielo negro, rasgado por los rayos, casi rojos y verdes. Se acordará hasta su muerte. Sube cuesta arriba la calle que va al cementerio. Alcanzada la última curva, entre la fuente y la casa del guardia, ve una jauría de golondrinas que arremeten contra ella. Con un vuelo rasante, parecen asaltar lo que queda de luz. Algunas toman la curva en horquilla y otras, al último momento, la evitan subiendo en candileja hacia el cielo. Algunos grupos la esquivan, la contornan, la rodean y la toman de revés. A la niña le gusta que la rocen aquellas piedras negras y agudas llegadas del cielo que nunca la habían tocado antes. Ahora piensa que algún día irá igual de rápido que las golondrinas. ¿Cómo hacen para traspasar la luz así de veloces? Una golondrina incesante pasa por encima de su cabeza y otra le roza la mano. Una tercera, tardía e ininterrumpida, llega sobre ella como una piedra.

Luego una explosión. Un rayo de trueno blanco. La niña se tambalea. Los gritos afilados de las golondrinas invaden su cabeza. La niña ya no ve nada con el ojo derecho. La golondrina se lo ha reventado. Ahora, con el ojo válido, ve una segunda nube negra que se arroja sobre ella. Instintivamente se tira al suelo. El rumor negro se agarra incluso a su melena. Alas por centenas sajan la luz. Ya la nube negra y herviente se esfuma en el valle. La niña se pone de pie, gritando. Riachuelos de sangre se arrojan en su boca y ya no ve nada con el ojo derecho. En el polvo, a su lado, una golondrina se estremece todavía, aturdida por el choque. La niña la recoge. El fino fuselaje de plumas se despierta entonces en su mano y retoma el

Grillos, mirlos, chinches, bacterias y gatos viven en la plaza, y cruzan su cielo, sus profundidades, suben a sus árboles. Son innumerables. Sería un cuento de nunca acabar enumerar todas sus variedades, sus individuos, sus pelos, plumas, parásitos, gotas de su sangre, células de las que viven, hojas y carnes de las que se alimentan. Un cuento de nunca acabar. Todo el espacio es su espacio. No necesitan artificio alguno. No hay quien los reglamente, pero no ladran en un quiosco ni protestan con sus cacas ni gritan poemas. Ningún cinismo. Pueblan la plaza Pinel, toda su tierra, todo el texto del que no dicen palabra, el vientre y la voz del autor de estas líneas.

Traducción de Franck Tisserand
y Mari Carmen Gallegos Carmona

Serge Pey (Toulouse, 1950) poeta y artista performático. Fundador de las revistas *Emeutes* (1975) y *Tribu* (1981). Representante de la poesía de acción, escribe sus poemas con bastones de 1.5 metros de largo. Actualmente dirige el seminario de poesía del Centro Internacional de Artes en Movimiento de Francia.

vuelo hacia el valle. La niña mira cómo se va su ojo por el cielo, sin llorar.

A mi tía, la llaman Golondrina porque es tuerta. Alguien que no es de por aquí no lo puede entender. Una vertiginosa golondrina le reventó el ojo, una noche de tormenta. Sí, la llamaban Golondrina porque era tuerta. Por eso tenía el don de doble vista. Una golondrina le había quitado el ojo a la salida del colegio de camino a casa. Con su ojo válido, nos miraba, con el otro veía cosas que no podíamos ver. Un día, me dio el ojo que le faltaba para que yo también pudiera ver tan lejos como ella.

Mi tía siempre quiso a las golondrinas.

Mi tía también quiere a las flores. Las flores son las esculturas de los pobres. Tenía el jardín más hermoso de todo el barrio.

Traducción de Amélie Bernal

No se ven perros que les tengan envidia a los gatos, mariposas, pulgas o lagartijas, cuya diversidad de proyectos excremenciales es aceptada. Puede que los perros sean cínicos. Si la ciudad les reduce la libertad coprofórica, pueden despreciar lo prohibido. El arte de cagar libremente es para ellos una práctica filosófica.

Dime de dónde me vienen aquellos roncros huracanes
 Un lobo aúlla
 Barroco nacido del norte
 Su canto de invierno asume por instinto
 La poesía marcando su deriva
 Con una lengua precisa desliada solitaria
 Que repite su historia que repite su pasión
 Andrajo erguido hirsuto y libre
 Descuartizado infiltrado por la angustia
 Entre la memoria de Europa y el tiempo de América
 Un lobo aúlla
 Un lobo aúlla en su lengua de lobo
 Ronca como las rocas
 Un lobo aúlla bajo las bóvedas
 De una amasijo urbano
 Sus ojos son láseres
 Aúlla sus superaciones
 Sus crisis y sus dolores
 Con visceral intuición un lobo aúlla
 Que una rectitud aclimatada
 Hasta en sus emociones
 Vibre de alternancias
 Entre las dianas del alba su lengua se modula
 Canta se descarna y huye
 Gira siete veces hacia bares y carreteras
 Hasta las noches sin fondo de las palabras de lo incógnito
 Hace rodar hacia la ciudad su herida del norte
 Un lobo aúlla en este decorado de época
 Y pregunta
1
 Dónde están este snack-bar y aquellas lenguas de fuego
 Que siguen creciendo en mí
 por calles de insomnio
 Aquel tapiz florido
 aquellas cortinas sintéticas
 Que adornan el origen
 Adherido al horizonte de un rosario de infinitos
 Temblores se envaran voraces
 Más reales que soledades insaciables
 Nubes y derrotas impregnadas de temor
 Dónde tiritan las quemaduras de libros emparedados
 De extraviados mortales que por esas zonas escriben
 Que un lobo aúlla
 Para derribar la muerte hasta en sus vítreas palabras
 Aúlla que el deseo enseña
 En una sola frase plural
 Hostigando las columnas de hielo
 De epigramas y epístolas
 De un texto reinventado a cada seísmo
 Un libro se confunde con los aullidos del lobo
 con los rezos de las ciudades
 con catódicas pantallas
 con la nevisca del alma
 Un libro de invierno arrebatado metálico loco perdido
 Frágil endurecido tal como la vida en estos lugares
 Familiar y humano como el hielo de las auroras
 Un lobo recorta el relato
 Ruge escande enjaeza suplica
 y vuelve a preguntar en una ofrenda

Claude Beausoleil (Quebec, 1948) poeta, crítica y ensayista.
 En 2011 fue nominada Poète de la cité de Montreal.

2

Dónde están los gatos atigrados
 De mi nacimiento algún día
 En un barrio escondido
 Cerca del canal abajo
 Calles angostas velan
 en mi memoria sonora
 Saint-Augustin Saint-Ambroise
 Quesnel Saint-Ferdinand
 Notre-Dame Atwater
 Green Saint-Antoine
 Drake y el túnel
 Tracks y humaredas
 Pájaros en los sheds
 Antenas de TV
 Rondas y retornelos
 Olores a mudanzas
 Silencios enladrillados
 Hay torrecillas y perfiles de iglesias
 Aullidos de espectros de chacales
 Surgidos desde noches sin fondo
 Desde sueños de inocencia
 Desde basuras más oscuras que el canto de las callejuelas
 Desde marcos de sapolin
 Desde ceniceros barnizados
 coronados por un Rin-tin-tin
 Guardián de mi infancia
 Centelleando en la noche donde todo estalla
 En lo hondo de los aullidos
 Barroco nacido del norte
 Un poema cuenta que un lobo
 Aúlla sus creencias
 Y esculpe los aguantes
 De los que con él regeneran
 la desmesura de una lengua borrasca
 Lengua de los usos
 Lengua de amor
 Lengua de compasión
3
 Novedosa
 Liberada del desprecio
 Trazando una aventura
 A la lumbre de un paisaje nórdico
 Que cree en las diferencias
 Vinculada a las insurgencias salvajes
 Leonada renacida
 Astuta
 Un lobo que aúlla
 En su lengua de lobo
 Imagina un futuro
 Donde soñar a pesar de todo
 En la lengua del lobo
 En rebeldía
 Fuera de la jauría
 Aprendí a quedarme con los perfumes de la anarquía
 Grité, juré ser sin compromiso
 Aullando con los lobos y sus metamorfosis.

Elvira Hernández

Estamos rodeados de muerte

FELIPE ASTUDILLO

Elvira Hernández, cuyo nombre civil es María Teresa Adriasola (1951), es poeta, autora de ¡Arre! Halley ¡Arre!, Santiago Waria, Cuaderno de deportes, entre otros. Escribió La bandera de Chile en 1981, poco después de haber estado detenida en un cuartel de la CNI. La versión mimeografiada de esta obra comenzó a circular hacia 1987 en los espacios de resistencia a la dictadura y se publicó oficial y tardíamente en 1991. La presente entrevista se realizó un día viernes a las 8 de la mañana.

ANIMALES

Nací en Lebu y todavía tengo una conexión con ese lugar del que poco queda, que hace siete u ocho años cambió, mutó de manera brutal. Las desapariciones empiezan a ocurrir como una cuestión habitual. Una persona que sale a comprar y no vuelve. Chicos que salen en bicicleta y desaparecen hasta que encuentran los restos en un lugar donde no había nada y luego hay un cadáver o lo que queda de él.

Retengo muchas cosas, tengo una memoria que sólo supera Dalí, que tenía memoria intrauterina, según decía. Y recuerdo, siendo muy chiquita, haber salido de Lebu hacia algún lugar en un tren que descarriló. Recuerdo el monorriel y la curva y cómo se bajaban todos y mientras los hombres cargaban el vagón para volver a establecerlo, los niños teníamos que mantenernos tomados de las manos porque estábamos en medio de la selva de Nahuelbuta, rodeados por la selva, y si alguien se metía ahí luego no lo podíamos encontrar. Tempranamente tuve ese contacto con la naturaleza exuberante. Hoy tú miras y no sabes dónde algo se termina, nada te enfrenta, es todo plano. Durante esa misma época recuerdo ir caminando por la plaza de Lebu y encontrarme un pescado muerto que alguien había tirado a la pileta y flotaba en el agua. Recuerdo haber agarrado el pescado, que debe haber sido una corvina, y habérmelo llevado. Cuando llegué a mi casa, muy sucia con el pescado en brazos, me dijeron que estaba muerto y que había que botarlo. La falta de mayor explicación hace que tú te preguntes cómo es posible que algo como eso se tenga que botar a la basura, que ya no tenga ningún destino. Siempre me sentí muy parte de todo eso como algo distinto a lo que te enseña el catolicismo con su posición del ser humano que domina la tierra. Y ya como depredadores llegamos a una de las cuestiones más atroces que hemos oficializado, la industrialización del animal. Sentimos que nos diferenciamos del animal manejando una razón, que si uno observa con atención, termina siendo muy poco razonable y que a veces se moteja cuando alguien hace una barbaridad y se dice: ¡pero qué animal! La criminalidad es una cosa humana, el animal no actúa en ese ámbito. La domesticación está muy cerca de la esclavitud y el ser humano es muy proclive a ese tipo de relación. Creo que el colectivo, cualquiera que sea, tiene la facultad y el deber de morigerar ese tipo

de actos. Pero bueno, vivimos en un mundo totalmente desacralizado, donde la ciencia ha validado dispositivos como las granjas, donde se meten animales en espacios mínimos y se les mantiene con vida sin permitirles algo natural como la misma muerte. La domesticación tiene un grado de ferocidad que pareciera no transmitir y que es puro beneficio personal. Y eso incluye a las mascotas, que están tan de moda.

LA MUJER TARDÍA

No recuerdo, en mi experiencia, haber tenido algún tipo de propósito nítido con respecto a lo que escribía. Cuando se hacen poéticas, ese pie forzado donde uno quisiera que lo que escribe fuera aquello, difícilmente se consigue algo. Es más bien al revés, porque en el contexto de mi generación, marcada durante una dictadura, la palabra está bajo censura. Uno se encuentra leyendo a los clásicos y mientras escribe surge la pregunta de qué voy a escribir en estas condiciones. Durante mi niñez tuve la idea de un mundo muy polarizado, recuerdo cuando se hacían fiestas y las mujeres se reunían en un rincón y los hombres en otro. Cuando me acercaba al lado masculino escuchaba conversaciones que para mí eran totalmente desconocidas, que no tenían nada que ver a lo que escuchaba entre mujeres, y me di cuenta de la construcción de estos mundos tan distintos. Luego, cuando los hombres me veían ahí, me tomaban y me devolvían al que era mi lugar. Cuando entré a estudiar filosofía, que era un lugar muy masculino, las pocas mujeres que habíamos éramos vistas con clemencia porque se supone que no participábamos de las grandes discusiones. Entonces, siempre me he sentido en un mundo dividido en dos, y yo estoy en un lado con el cual me siento muy cercana esencialmente pero que en términos de construcción es invisible. Unir estos dos mundos a nivel de lenguaje es absurdo e inentendible, provoca esa sensación. Entonces, me he visto con una inclinación natural a no percibirme en el momento de la escritura, porque en esa experiencia concurren muchas cosas de las cuales uno no es consciente, y creo haberme deslizado, estando emocionalmente en mi posición de mujer, a ese espacio público y cívico que es masculino, un espacio al que la mujer llegó bien tardíamente. Las expresiones literarias burguesas, femeninas, tienen una connotación que puede

ser muy interesante a nivel cultural pero que en el espacio político no entran. Aunque eso ha ido cambiando y ahora las condiciones son distintas.

CERTEZAS

Cuando se produce el golpe nuestra sociedad queda muy al desnudo, en un estado precario de sobrevivencia y de mucha pobreza espiritual e intelectual. Una miseria que se puede intuir al leer ese libro, editado hace poco, de cartas de Enrique Lihn a Pedro Lastra (*Querido Pedro*). La reacción a ese libro fue de mucha decepción porque se esperaba un gran abanico de ideas y en vez de eso aparece más bien una ausencia, una urgencia por trabajo, por tratar de salir del país o básicamente por sobrevivir de la manera más digna posible. Y cito esto porque esas cartas son una pequeña radiografía del momento, donde ciertas preguntas que uno se hacía en busca de certezas y horizontes, sencillamente desaparecieron. Nos costó salir de la estupefacción y personalmente creo que me demoré un par de años en darme cuenta que la posibilidad de cambio en el país había sido derrotada. Eso es una cuestión que duele porque es tener que volver a definirse, ver cómo se sigue adelante y qué se hace con uno. En un tiempo anterior nosotros nos sentíamos muy latinoamericanos y toda esa cuestión tuvo que cambiar, el país se cerró en sí mismo y eso significó un oscurantismo temporal. Yo estuve en un lugar más o menos privilegiado, en el Departamento de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile, donde se podían discutir ciertas cosas. Ese lugar fue un microclima que permitió, en lo personal, crearme un espacio donde poder volver a mis preguntas e intentar salir del atolladero. Quizás recién ahí descubrí algunas cosas básicas como que las certezas no son universales, que construimos realidades distintas, individuales. Y esto es algo muy chocante para alguien que tuvo la idea de construir una realidad común con el otro.

DEJARSE PENETRAR POR UN LENGUAJE

El lenguaje o la palabra tienen algo, un sustrato que arrastra un material inconsciente, histórico, psíquico. A partir de esto nunca fui partidaria de una poesía comprometida, como se decía en la época que era estudiante. Yo encontraba que ese adjetivo estaba de más, porque pensaba que el poder dejarse penetrar por un lenguaje que fuera honesto ya era suficiente compromiso, el sólo dejar que esa palabra pudiera hablar. Es ahí cuando el lenguaje logra decir algo, cuando ha penetrado regiones que estarían en el olvido, sin ese esfuerzo. Creo que en ese momento podemos distanciarnos un poco del fracaso y el lenguaje logra algo cercano

a lo colectivo, sale del individuo y roza una cuestión que es real. Porque según como entiendo la poesía, el sujeto poco tiene que decir en términos personales, sólo dirá algo en la medida que el significado se transmita al lector o que algo se transmita, se rebalse ese borde subjetivo para entrar en un terreno intersubjetivo que se acerca al colectivo. Porque nuestro lenguaje tiene aciertos maravillosos y pienso, por ejemplo, en la expresión: "se mandó las porciones". No sé cómo podría traducirse eso pero lo entiendo como un recorrido lingüístico de nuestro pueblo, que es magnífico.

O en la traducción, es interesante cómo otra lengua te permite situarte en la tuya. Muchos dicen que Huidobro pulió nuestro castellano, afrancesándolo, haciéndolo avanzar hasta tomar conciencia de su propio mundo. Casi la mayoría de los mapuches son bilingües, los que no somos bilingües somos nosotros. La poesía mapuche es un nicho bien interesante, poco explorado habiendo muchísimos poetas mapuches.

EL ESPÍRITU DEL EMPRENDIMIENTO

Siempre pensé que el período dictatorial iba a ser el más difícil de vivir, también desde un punto de vista literario. Después me di cuenta que no era así. Los primeros tiempos postdictatoriales fueron muy confusos, todo aquello que se había trabajado, todos los caminos que se habían explorado, toda esa experiencia, fue sofrenada. El desarrollo de las cosas se dio en términos muy contenidos que terminaron por disipar todas las energías. La idea de poder construir una sociedad más amable para todos no ocurrió y todo se volvió nebuloso. En época de dictadura había una cierta nitidez que hacía que la gente convergiera en lugares muy precisos. En cambio, en este nuevo período, todo pierde su forma y se vuelve muy tramposo. Hay una gran desmovilización vital. Me parece que el ser humano suele ser llamado a trasladarse a esos lugares íntimos donde siente que es donde tiene que estar, y en ese período postdictatorial no lográbamos transitar hacia ningún lado, estábamos en un estatismo, en una abulia y una conformidad tremenda. Y sobre todo creo que estábamos viviendo el aposentamiento de nuestra individualidad. Al respecto, creo que el sistema en el cual vivimos hizo un gran trabajo previo que puede verse durante las catástrofes, por ejemplo, cuando alguien cree que la salvación es solamente individual.

Acá, en este barrio, Vitacura, en este sector que se volvió exclusivo durante la dictadura, pude ver, durante el terremoto a personas comprando toda el agua mineral que había en el supermercado, corrían y se llevaban todos los bidones de agua que pudieran sin importar la

enorme cola de gente queriendo lo mismo. También en una farmacia de acá, cuando pasó todo eso de la gripe porcina, pude ver cómo llegaba uno con su chequera y pedía que le dieran todas las vacunas del local, para su familia y sus amigos. Eso es algo que ha proliferado, que se ha enseñado y se ha aprendido muy bien, donde el espíritu está puesto en eso que se llama emprendimiento. En otra época yo conocí algo que se llamó cooperativismo, una cuestión que hoy parece irreal.

CIUDAD

La ciudad es nuestro lugar común, un lugar sujeto en demasía a la restricción, un espacio que se ha convertido en pura violencia. Yo soy usuaria de buses y metro donde todo el tiempo observo el tipo de violencia ejercida. Pareciera que siempre me encuentro con cosas y debe ser porque además camino mucho, pero cuando tú ves a un tipo que sale encorbatado de una oficina en Providencia y le roba un dulce a alguien que vende en un carrito, no puedes dejar de pensar en ese grado de agresividad enorme, en ese tipo que está pensando "a este huevón me lo cago". En el metro he visto cosas atroces. Entre la gente, cuando vamos todos hacinados, "no me toques y si me tocas te parto la cara". En un bus, cerca de Estación Central, vi a una mujer que se sentía mal, botada en el suelo, y todos gritaban "no importa, queremos llegar". Era una horda, y la mujer en el piso del bus con todos pidiendo que la bajaran rápido porque el bus estaba detenido. Bueno, muchos también decían "no sean animales", pero esos no son animales, eso es el humano y su ferocidad que es otra cosa, una ferocidad cruzada con algo que es netamente humano y que desata su brutalidad cuando ha de ser posible. Ningún animal te tortura. Eso construimos y lo hemos llamado civilización. Pensemos en nuestro sistema de aprendizaje, yo no pasé por esto de que te hagan exámenes para entrar a kínder o lo que sea, y veo que a los niños les están haciendo eso, los están midiendo a cada rato. Tú no puedes estar midiendo a un ser humano todo el tiempo para saber si rinde o no, para saber si es un animal afín o no a lo que hemos construido.

ACCIDENTES

Estamos rodeados de muerte, eso es algo muy patente para mí, al menos desde que encontré ese pescado tirado en la piletta. A veces me pregunto por qué todavía no me he muerto porque a la vez hemos construido una vida llena de accidentes. El accidente, cuyo significado nos dice que no ocurre permanentemente, descubrimos que sí lo es, que así ocurre, que la vida es muy frágil y se ha subsanado con seguros bancarios, de manera pecuniaria. Se intenta borrar la muerte desde todo punto de vista, enmascararla, que no se sienta, hacerla desaparecer del discurso, al margen de las creencias que podamos tener en otra vida porque esta pareciera que va al desperdicio. Para algunos da lo mismo porque tienen el consuelo de la trascendencia y para aquellos que no

creen parece también haber perdido valor, dejándonos en un lugar muy degradado donde la muerte se enmascara pero sigue siendo lo único real.

NEOVANGUARDIA

La poesía tiene un grado de experimentación sin considerarse a sí misma como vanguardista. Si bien dentro de lo que yo hago es probable que haya experimentación, nunca lo he vivido, en el hacer, de esa manera. La escritura es algo muy pulsional, con movimientos que son del tipo vegetativo, como algo inmanente, automático, inconsciente. En algún momento dije que no había que ser absolutamente moderna porque me siento más como un espíritu antiguo que no tiene metas a alcanzar. No me he propuesto nada de ese tipo de cosas que se me atribuyen, de hacer algo extraordinariamente distinto. Cuando comencé a escribir, mi único deseo era conocer la poesía chilena de la cual habíamos sido aislados y nada más.

Hoy las vanguardias están concebidas de otra manera, quizás muy distinta a como se concibieron las vanguardias históricas, que eran de ruptura con todo lo anterior. Pero yo tengo una idea muy diferente del hacer poético, no como algo rompedor, sino más bien cómo vivir asistemáticamente dentro de la cotidianeidad. Además, comparto plenamente lo que decía Gonzalo Millán en su rechazo a la idea de replicar en arte lo que nos impulsó la dictadura, la idea de romper con la tradición, la idea de avanzada, del borrón y cuenta nueva. Millán sacó una revista que se llamaba *El espíritu del valle*, que significa recoger las aguas que vienen de todos lados. La tradición es como nuestro material genético porque nosotros también somos pasado. Esa clasificación que suelen ponerme como neovanguardista no sé de dónde salió y no la comparto para nada.

PUBLICACIONES

El año 87 se organizó un encuentro internacional de escritoras, que se hizo en Chile porque las mujeres que escribían se sentían poco valoradas, hablo fuera de ellas porque en ese momento no escribía oficialmente, y necesitaban hacer visible su situación. Participé y creo que me sirvió de catalizador para poder organizarme. Escribí un texto que no publiqué nunca, cuestión que espero hacer pronto. Con esto voy a que cada publicación tiene sus circunstancias y no tengo ninguna urgencia en publicar. La dimensión pública del escritor y sus obligaciones es algo muy nuevo para mí. Antes uno era escritor en su casa, esa otra dimensión estaba esfumada y me parece que era muy difícil de vivir, además. Hoy es una realidad más visible, a pesar de que siento la literatura y la poesía, principalmente, desde un lugar marginal dentro de las manifestaciones culturales, porque la palabra tiene una incidencia muy alta y muy exigente que a esta sociedad no le conviene. Es preferible pasar la tarde en una exposición de pintura que ponerse a leer algo donde te estén diciendo, interpelando directamente.

Es un poco penoso que sigan saliendo libros que no son comentados. Cada libro debería tener obligatoriamente una reseña, una lectura escrita por así decirlo y eso no ocurre. Se escribe poesía, se escribe ensayo y cuando uno va a otro lado no quieren saber cómo interpretamos a Baudrillard, les interesa saber qué es lo que está pasando en la poesía chilena.

Antes todo funcionaba en un espacio muy nimbado donde sólo podían llegar dos o tres y ahora parece un espacio de trabajo más abierto que le compete a escritores, editores y lectores. Aún así, creo que es insuficiente, que se debe desarmar ese tramado, con especialistas de por medio también, no los quiero dejar fuera. Es un poco penoso que sigan saliendo libros que no son comentados. Piensa que no tenemos prensa, cómo vamos a debatir. Si tú quieres desarrollar una situación como problema los medios entrevistan a las partes interesadas y el lector no logra saber de qué se está hablando, sólo se le permite conocer las posiciones al respecto sin dar cuenta del fenómeno mismo. En literatura es igual, aparece el libro y ahí queda. Cada libro debería tener obligatoriamente una reseña, una lectura escrita por así decirlo y eso no ocurre. Se escribe poesía, se escribe ensayo y cuando uno va a otro lado no quieren saber cómo interpretamos a Baudrillard, les interesa saber qué es lo que está pasando en la poesía chilena. No sé si aparte de Nain Nómez se está escribiendo algo que entregue una visión de lo que ocurre. Esa debería ser nuestra obligación pero tenemos pocos canales para hacerlo y enterarnos. Yo diría que casi el único lugar convocante que queda son las universidades, ustedes, que son parte del indicador de lo que está ocurriendo.

SILENCIO

La poesía chilena tiene una gran potencia y un acervo que desconocemos. En otro lugar esto sería un hervidero de actividad, en cambio funcionamos a grados mínimos porque ignoramos. Por otro lado, la ignorancia no suele ser otra cosa distinta al temor. Carecemos, además, de una vocación por el debate, nos aterroriza. Por favor no vuelvan a proponer esa idea, que aquí no se quiere debatir sobre nada. Y cuesta hablar porque cuesta escuchar, ponerse en el lugar del otro con este individualismo feroz. Por qué me voy a tener que poner en el pellejo del otro si mi piel es suficientemente importante para no salir nunca de ahí. En un debate se deben decir cosas que a lo mejor no queremos escuchar, puede que sea algo muy desagradable, pero bueno, llegamos a este punto en que nos volvimos desagradables y hemos tenido que funcionar metiendo todo debajo de la alfombra.



La poesía es una manera de llegar a ciertas palabras esenciales que necesitamos, porque necesitamos esas palabras, lo pienso como una necesidad, no entiendo otra forma de quitarse la cáscara que no sea la necesidad.

Pavlov's-Dog

SÉBASTIEN LESPINASSE

TRADUCCIÓN DE AMÉLIE BERNAL

Amélie Bernal Castellano (Nîmes, 1987) estudia en l'Université Lyon 2 un máster de traducción literaria y edición crítica. Tradujo la antología poética *Calcomanías* del poeta argentino Oliverio Girondo y trabaja la editorial independiente de poesía Cheyne Éiteur.

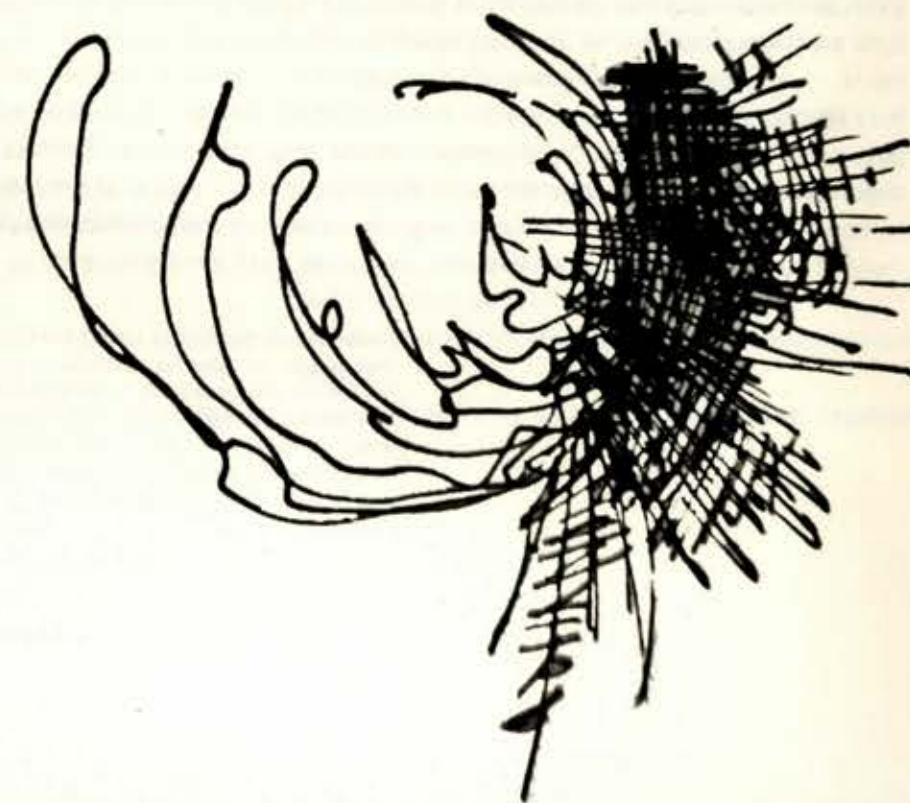
Nota de la traductora

Pavlov's-Dog es un poema sonoro, una partitura. Es así como lo denomina su autor. Si nos acercamos a leer, pese a fragmentos de palabras conocidas, que nos suenan (nunca mejor dicho), nos enfrentamos a un lenguaje imbricado. Si seguimos leyendo muy atentamente, entonces, entendemos la maniobra; entonces, se develan la trama y el juego. El poema es un compendio de varios textos atomizados y explotados morfológicamente: la intención del autor es la de arrancar el lenguaje de sus propios reflejos condicionados. Magnífica paradoja: neutralizar el condicionamiento del lenguaje mediante un texto que, precisamente, explica el proceso de condicionamiento de un perro.

El lector puede entrar en el juego, aceptar el reto propuesto por el poeta, y dejarse llevar a la desautomatización lingüística. No obstante, el traductor ha de recorrer el camino al revés, tomar a contrapelo la invitación del autor: serle infiel para serle leal. En una palabra, reconstruir, cual un puzzle o un rompecabezas, la materia textual. Tras pegar, cortar, borrar, anudar, hilvanar, salen trozos de frases, oraciones, vínculos lógicos. Traducir pedacito a pedacito sabiendo que este irá con aquel, sin nunca perder de vista los vínculos lógicos negados y neutralizados por la onda expansiva de Sébastien Lespinasse. Vuelta, pues, para el lector hispanohablante, al estado salvaje e indomado gracias.

Sébastien Lespinasse (Marseille, 1975) es el creador del "neuma-recital", que describe como una manera de experimentar el poema en su ebullición primaria, cuando las polifonías del sentido y los trances de la voz abren los canales de lo sensible. Es un método de aire que convoca alegremente a la materialidad de un lenguaje transformado en acción, contacto, explosión de las fronteras.

Magnífica paradoja: neutralizar el condicionamiento del lenguaje mediante un texto que, precisamente, explica el proceso de condicionamiento de un perro.



alors l'expnous///remuc plir de faim,('°dvié de toutes sortes qui ne sont pas de l'en aigérience",.lest très simple variadans ce qui nous prétions^:;Pavlov/,l'vous connce,-(-,c'est automatiquenaissez bien le truc,°..vous yor avez eunous-,de fi droit, oui, dès votre petite enfa-, c'est un trqui comblé la cause mais les efndrefets sont bien là"/,l se creusent dans la différencemence appe pas)',(c'est inscrit dans le k'ps/!!!,cède avant même de parler,-' _retous vos getour ou de penser", c'est un précatiquurseur,_,une sorte de précurdans l'enfainnaprès-(-, on n 'y échseur sombre,,,on a ou,:-:-:;dans l'errance des signes, pas le moi geste qui soitocent'-,/(alors bien sûr à nous autres on ne nous a pas brûlé les pattes mais vos pensées dans la tonce et qui continuent ile d'araignée de l'habitude-",_(!;ne vous faite pae ce soit s de soucis, c'est sans douleur, on ne s'en api-ton a su nous faire saliver,-(-/-(- créer un circuit pour uille capturer stes,'_",toutes même pas, ça se tisse depuis longtemps, circuits fossiles, parcours arrêtés des mêmes 'enxes, laissez l'état de nature tran,culturels,'("(_;schème stimuli réponse sensori-motrice auto-me et le poème-)!(-cri _)!(_unerçompouvoir à cristalliser inconquille,"-; rien ià voir avalisation des mécanismes sociauxsciemment le degré rompu de l'automatisme ec ça,:(-:- une natura :degré qusoi-disant, waf,waf,waf,waf,waf,waf,....., réflexe

Pavlov (Ivan), physiologiste russe (1849-1936). Prix Nobel en 1904 pour ses travaux sur les glandes digestives, il est l'auteur d'études sur les réflexes conditionnés, l'activité nerveuse supérieure et le travail des hémisphères cérébraux. C'est en étudiant les manières artificielles de mettre en activité les glandes salivaires d'un chien qu'il découvrit le fonctionnement des réflexes conditionnés, adaptation biologique de l'individu face aux situations qu'il rencontre de manière régulière.

entonces el expnos///muevec llir de hambre,('°dviado de todos tipos quien no son de la in aige rimento,.les muy simple variaen lo que prestábamos^:;Pavlov/,l'conoeste,-(-,es automáticoéis bien el truco,°.., ya mas os lo hannosotros-,de fi sacado, sí, desde vuestra tierna infa-, es un trque comliado la causa pero los efnenderctos aquí están"/,l se cavan en la diferemancia llam no)',(está inscrito en el k'ps/!!!, cede incluso antes de hablar,-' _retodos vuestros getor o de pensar", es un précatiquurseur,_, un tipo de precuren la infaindespués-(-, uno no escor oscuro,,,tenemos o,:-:-:; en el vagabundeo de los signos, no el yo gesto que seaocente-,/(entonces claro a nosotros no nos quemaron las patas pero vuestro pensamientos en la tncia y que siguen elaraña de la costumbre-",_(!;no s e sea e preocupe, no duele en absoluto, uno no se percasupieron hacernos salivar,-(-/-(- crear un circuito para uilo capturar stes,'_", todas ni siquiera, se teje desde hace tiempo, circuitos fósiles, trayectos definidos de los mismos enxos, dejen el estado de naturaleza tran,culturales,'("(_;esquemas estimuli respuesta sensori-motrices automa y el poema -)!(-cri _)! (unercempoder a cristalizar inconquilo,"-; nada ia ver tragisación de los mecanismos sociales scientemente el grado de ruptura del automatismo ec esto,:(-:- una natura :grado que seapuestamente, guau,guau,guau,guau,guau,guau,....., reflejo x

Pavlov (Ivan), fisiologista ruso (1849-1936). Premio Nobel en 1904 por sus investigaciones sobre las glándulas digestivas, es autor de estudios sobre los reflejos condicionados, la actividad nerviosa superior y el trabajo de los hemisferios cerebrales. Fue estudiando la manera artificial de activar las glándulas salivarias de un perro como describió el funcionamiento de los reflejos condicionados, adaptación biológica del individuo frente a situaciones en las que se encuentra de manera regular.

Misión Wümull

GLORIA DUNKLER

El asentamiento de colonos europeos, alemanes principalmente, en el sur de Chile y su relación con el indígena y el chileno, ha sido materia del trabajo de Gloria Dünkler (Pucón, 1977). El orden familiar, los usos de la tierra, la diversificación del oficio, se han visibilizado producto de una búsqueda que parece ser personal, de la poeta con su pasado, pero puede plantearse también como la necesidad identitaria de un pueblo mayoritariamente mestizo y como táctica de reconocimiento que explora, a través del lenguaje, una zona vedada por la contingencia, la mala política y el curso arbitrario de la historia.

REFUGIADOS

En busca de una mortaja para envolver sus dolores a perderse en las nevazones de Quelhue potreros de Chinay, botes de Coilaco a lavar sus llagas en el río Mulpún está aquí, para meditar en la piedra del león.

Meses antes quien lo hubiese visto con la esperanza en ruinas había retornado a su convento desolado llevando auestas el rango de sargento y el servicio militar que lo forzó a las armas. ¿Acaso fue aquella la voluntad de Dios?

No se le preguntó si estaba de acuerdo con la guerra nadie consideró sus hábitos de religioso urgía defender la patria, levantar ejércitos civiles empujados a la ruina. En el frente se le encomendó la tarea de recoger a los heridos y asistirlos entre rezos entonces con el alma bien agujereada. A pesar de sus intentos Dios nunca estuvo con ellos como les habían dicho en los cuartos después de los juramentos así como "el trabajo os hará libres".

Arribó a los dominios de la Frontera para servir en el Vicariato Apostólico de la Araucanía. El aire, el agua dulce, el puelche le revolvía la capucha la nieve entumecía sus huesos pero jamás la alegría. Cama de palo, cabecera, voto de humildad y obediencia.

Con trescientos años de barbarie su ánimo era integrarse a ese mundo llevar a Dios en la liturgia de la ruca en la hostia de la tortilla, la sangre de Cristo en el muday danzar a los pies de la cruz y el rehue orar en lengua madre las escrituras. ¿Qué más podía ser peor que lo vivido? unas almas que poner en regla eran casi un lujo igual que cultivar acelgas o tomates con la hostia y el buche, una pequeña maleta.

La mano de Dios le daba de tomar en los ríos jugaba a la pelota, bendecía guillatunes y en Traitraico bautizaba cosechas. Soñaba una capilla en Antumalal un convento en el cerro, una gruta. ¡Hay tanto por hacer señor Cacique que dona su terreno para un monasterio, a los pies del volcán Hermanas Clarisas sus rezos brotarán como sangre de las piedras!

Gustaba de faenar el cerdo y ahumar el pescado bendecir a las tropas antes de disparar al enemigo, asistir responsos, ungir enfermos, bautizar la parvada la calidez de su pequeña cocina, el trabajo diario en el huerto reunir fondos, el cobijo de un árbol para capear el sol y si las tripas sonaban entreteñerlas con chicha.

En los almuerzos del convento un destino los reunía el hermano "buscador de agua" protegido de los indios y su péndulo que rastreaba el ojo, la napa honda ese mismo que le faltaba y perdió en la guerra por una bomba Rusa. Prisionero de los franceses, hambrunas y abusos, salvado por campesinos de las aguas congeladas ahora junto a él bendice las legumbres.

Al concluir su jornada descargaba la montura y sumergía los pies en agua y sal para domar los cayos. Afuera el animal de su memoria sacudía la cola que jugaba con la noche como las vidas de esos compatriotas que comparten con él un mismo suelo llamado exilio o misión que viven cazados a un alambre como liebres degolladas.

Las cautivas se fueron acomodando a la poligamia y los hijos mestizos trajeron la nueva raza de los "paganos bautizados" en la idea de los curas. Infelices misioneros fueron cediendo con los años, desgastándose como sus vestiduras. Debían conformarse con asegurar un plato de legumbres, la buena leña seca, caminar la piedra áspera de los volcanes, elevarse desde la carne por esa india del pezón morado, buscar a Dios en la madriguera de un zorro, descansar en la montura, olvidar en la pisada del caballo. Contentarse "con hacerles el bien que pudieran y dejando a Dios lo demás" según se apreciaba en los diarios de vida. La tragedia de años sería un par de segundos en el lápiz de los historiadores. Para nosotros, un cuarto de hoja en la Enciclopedia Británica.

Los bávaros atracaron a porrazos y tuvieron de compañía la soledad y la pobreza. A sus hermanos años atrás se les hundió el barco y los utensilios naufragaron en las costas como tripas de un salmón faenado. Les salieron al encuentro una choza levantada con maderas negras de una iglesia calcinada, vigas carcomidas por la fe pequeña, allí donde pretendían erguir su catedral a pura sangre blanca.

Una tarde aparecí con mis enormes cuernos y le busqué conversa a la orilla de un río: hace tiempo una duda me perturba, Padre, le pido consejo sobre estos asuntos mortales. Un viaje de semanas he dispuesto a pesar de los tramperos, con el recelo de acercarme a ciudades y poblados. No sé usted, pero de donde vengo, si mueres antes de cumplir destino es porque no aguantaste un invierno pesado y la higiene racial entre siervos consiste en ganar por una hembra. En el fin del mundo se vive silvestre, allí al más débil la cordillera lo engorda con leche montaraz, lo protege con su pelaje de arbusto calentito y los ríos calman toda fiebre con sus patas mojadas. En mi vida allá todo parecía normal hasta que divisé intrusos por mis tierras ¿Qué piensan, qué traman? -le dije a mis crías, como lo haría un cóndor anidado en su peñasco- pues quemaban la maleza para construir el fortín que más tarde supe llevaría mi nombre. Padre, esos forasteros venían a levantar un sueño, hacer florecer el loto, el tamarugo, el trébol que iluminaría el cono sur con el milagro de la energía atómica.

En la capital trasandina los asesores estaban horrorizados por los atributos legales que se le habían concedido al ingeniero al mando. A pesar de ello nadie se atrevió a discutirle al presidente, mientras en un hotel gringos y mujeres brindaban. Cada vez que los ensayos resultaban un fracaso decía guardar un secreto traído del Walhalla para engendrar las codiciadas reacciones. Yo solía contemplar su angustia al amanecer, como esa sombra de a poco era una piedra que lo tiraba del cogote.

"Métele no más" decía el jefe de Estado que soñaba con estar a la vanguardia del Reich criollo; otros lo soñaban en Bolivia. A pesar de que su Aladino no contaba con antecedentes serios el mandatario descansaba en la ignorancia de su mentor. Pensé que otros como él no llegarían a estos rincones a prolongar ese descaro, sin embargo, apareció un estudiante berlinés que se dedicaba a recolectar medidas de cráneo, muestras de piel y sangre, cabellos tiesos en campos y hogares, información *in situ* para redactar su tesis sobre causas y consecuencias del bastardismo en Chile. Muy pronto descubriría que en las ferias libres, en el sudor que partía las gargantas, en los hombros ladeados por los sacos, en las borracheras para despedir el jornal descansaba el ministerio de esta sangre.

Padre Ernesto Wilhelm de Moesbach
Moesbach, sur de Alemania 1882 - Panguipulli 1963
Los amigos conversan y meditan sobre el olvido de los jóvenes y la tragedia de los nuevos tiempos. Mientras ceban mate, revuelven las brazas y el humo quiebra los ojos, el Padre escucha con atención durante cuatro inviernos y transcribe en su libreta la Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX. Ese libro, con los años, sería conocido como Lonco Pascual Coña ñi tuculpazugun. Testimonio de un cacique mapuche.

•

Padre Sebastián Englert
Dillingen an der Donau 1888 - Nueva Orleans 1969
Restos: Isla de Pascua
Después de las tareas pastorales los bocetos de esos indios llenan sus páginas. Con la nariz hundida en acertijos gramaticales el lingüista y etnólogo vive hechizado por las historias del gran ariki Hotu- Matua, con los ojos hundidos en el mar desde la playa de Anakena.

•

Padre Sigfredo Schneider de Frauenhâusl
Frauenhâusl, Baviera 1868 - Panguipulli 1956
Aquel poeta mapuche que fue invitado a conmemorar el Parlamento de Coz-coz que ese 2007 cumplió cien años, repasa su vida ante la fogata, baila y canta los antiguos rezos. El fantasma de ese devoto apodado el "abogado de los indios" también se hizo presente batiendo las cenizas.

•

Padre y médico Félix José de Augusta (Félix Joseph Kathan)
Augsburgo 1860 - Valdivia 1935
En aquella choza los apuntes se desbordan en cajones y libretas. Le obsesiona el dialecto de una lengua sometida y sueña una Gramática Araucana. Se detiene en cada fonema, laboriosa eucaristía, y los pies hace rato se han entumido en la escarcha. La gran misión que consumirá sus otoños será El Diccionario araucano-español, español-araucano que desatará la furia de los estafadores.

•

Obispo Francisco Valdés Subercaseaux
Santiago de Chile 1908 - Pucón Región de la Araucanía 1982
Siervo de Dios
Oraba a su manera (pues no era un tonto grave), iba de caza, tallaba fuentes de raulí, pero su obra mayor estaba oculta en un subterráneo. Allí pulía la frente y el cepillo contorneaba la pierna, otra vez, a suavizar el pan duro de la ojeriza. Los parientes acomodados le enviaban dinero pero lo dejaba todo, el colchón blando y la cabecera de plumas pues era suya la silenciosa penitencia, un accidente que lo empujaría a la virtud y a mediar una salida pacífica ante SS Ioannes Paulus II en la llamada "operación soberanía" de 1978. ×

El obsceno gusano

FANNY MARGRAS

No existe lectura más constructiva que la de una novela que logra repugnar, y trata de hacer de esa repugnancia un objeto de fascinación máxima. La lectura de una novela cuyas palabras se instalan en las tripas para devorarlas poco a poco. Una novela-gusano. Tal como *El obsceno pájaro de la noche* de José Donoso.

Voraz. Destructiva. Y regeneradora. Tal como el gusano, ese abyecto animal, pequeño, blando, de forma alargada y con apéndices locomotoras poco destacadas o ausentes.

El gusano forma parte de la novela: el Mudo, la voz conductora de la novela, siempre está clausurando el espacio, convirtiéndolo en un laberinto infinito cuya simetría perversa se percibe en la construcción misma de la obra. El Mudo es el gusano de la novela imbunche, preso de un espacio cuyos orificios se cosen con palabras. Y el lector, sin darse cuenta, se queda preso con él, y aprende a leer, a vivir la novela tal como un gusano. Consume el relato, se lo come, se lo devora: no entiende, sólo siente. Siente la textura del tejido de palabras que lo rodea, siente esas emociones en su estómago que jamás lo van a dejar en paz. *El obsceno pájaro de la noche* no se puede digerir. Pero él, sí que digiere. El relato-imbunche digiere al lector, atacándolo con metáforas simbólicas, con juegos gástricos poderosos. La desesperación de uno que se pierde poco a poco, que rompe con su individualidad, alienado. La impotencia sexual. La sexualidad monstruosa. La obscenidad. El asco. Se acerca al lector, se nutre de sus propias frustraciones, de sus propios delirios de pesadilla, mientras lo va digiriendo, poco a poco. Y luego expulsa a un lector limpio. Listo para una nueva experiencia literaria. El gusano destruye la percepción común. La descompone como carne fresca, y con lo descompuesto, crea algo nuevo. Y eso es lo maravilloso del gusano donosiano: transforma. Hace de lo monstruoso algo fascinante que capta y encanta la mirada. Le ofrece nuevas imágenes, combinaciones insolentes, sugeridas por un hibridismo creativo fuera de lo común.

La novela es este gusano. Nunca habla de ningún pájaro, pero sí habla de gusanos: blandos, impotentes. Los personajes masculinos siempre claman su poder, aunque la impotencia masculina está en el centro del relato. Todos saben que son las mujeres quienes dominan desde la sombra: lindas, viejas, nanas, brujas. Que son los subalternos, los gusanos, quienes poseen la potencia de los dominantes.

El obsceno pájaro de la noche, escondido en el bosque, en la herencia de los intelectuales, trina, al ver al gusano donosiano acercándose. Al ver con él la potencia de todos los gusanos poderosos que rechazan lo habitual y construyen una nueva herencia; al ver a los gusanos vanguardistas que se revelaron al público en los 70. Los gusanos de América Latina que Europa no quería ver, y que demostraron su talento, su superioridad. Los gusanos que hasta el siglo XX eran reducidos a la mudez: pero que al oír, al leer, al sentir, supieron expresarse. Los que ya no son ciegos.

Muchos rechazan los gusanos; muchos se protegen de la obscenidad, de los gusanos vivos, que pululan, asquerosos, y se quedan inmóviles y ciegos. Ciegos al enfrentarse con la vida misma. ×

El obsceno pájaro de la noche
José Donoso
Seix Barral, Barcelona, 1970

Peñaflor

VICTORIA DONOSO

Reseñas
Victoria Donoso (Santiago, 1992) es estudiante de Literatura creativa en la Universidad Diego Portales.

Ahora todos le dicen Peñaflower. Iré como la micro, primero por Talagante. Yo iba, hace años, todos los días a Talagante. Talagante tiene su gracia. Se parece mucho a Alhué o al retrato que González Vera hizo del pueblo. A veces pienso que quizás González Vera nos engañó. No sé, pero cada vez que leía las páginas de ese libro había como un aire demasiado conocido, todo era bien igual a Talagante. Quizás los pueblos rurales son todos iguales. Unos con otros, la misma cosa.

Camino a mi casa, desde Talagante, yo pasaba todos los días por el cruce de Malloco, y en el cruce había una botillería en una esquina, otra botillería en la otra. Y en las dos restantes, no recuerdo. Pero siempre sabía, cuando pasaba por el cruce de Malloco, que si doblaba a la izquierda llegaba a Peñaflor. Y venía como una especie de terror. ¿Por qué? Porque de Peñaflor recuerdo pocas cosas. No me gusta Peñaflor. Por favor entendamos Peñaflor como la plaza y las cuatro o cinco calles aledañas a él. Nunca me gustó. Dentro del panorama social en el que vivía enmarcada por esos años, Peñaflor era un pueblo de capa caída y mejor convenía no vivir ahí. Parece que por la gente en las plazas, pero no sé, nunca me dijeron. Si hay algo que me ha hecho estimar a este pequeño pueblo rural lleno de micros —así lo he imaginado siempre— ha sido la literatura.

Me acuerdo del supermercado Lascar, una eminencia que sólo existe en la ruralidad de Peñaflor. Era de una familia bien conocida de por allá. También estaba la plaza y por ahí estaba lleno de gente medio rancia y sin mucho brillo (esto lo supe después, cuando fui al supermercado, Lascar por supuesto, y pasé por afuera de la plaza). Aunque también me acuerdo que en la plaza, y en toda la Avenida Peñaflor, habían árboles bien grandes y bien lindos.

Luego ya terminé de leer a Sarmiento y me doy cuenta de que era un simple turista que no logra captar la complejidad de Peñaflor. No basta con escribir un ensayo con el nombre de un pueblo, porque Peñaflor, bien lo sabemos todos, es un pueblucho, pero uno medio raro, casi irrepresentable. Pero eso es el final.

Entiendo, a medida que avanzo en la lectura, que Sarmiento buscaba codearse con la aristocracia y esa es toda la motivación para emprender este paseo a las afueras de Santiago. Si me lo topara en el camino (de ida) lo pararía para decirle que se devuelva o que cambie el rumbo para El Monte, Talagante, Melipilla, Calera de Tango, Buín y, ya más lejos, Paine. En Peñaflor no encontrará nada demasiado elegante. Por lo mismo no me sorprende lo que sucede unas líneas después, donde tiene que dormir en cualquier lugar, porque no hubo un buen señor de buen apellido que le prestara una de las muchas piezas de las enormes casas que existían en los otros lugares que ya dije.

También me acuerdo que la Avenida Peñaflor, la que tiene grandes árboles, en los tiempos de Sarmiento se llamaba El camino del Diablo. Supongo yo que tan solo con haber tipeado este legendario nombre ya está contada la historia. Es una leyenda común en las zonas rurales, pero Peñaflor tiene un buen gancho. Acá se supone que el diablo era un señor vestido de negro con un diente de oro. Quizás el mismo Sarmiento, en su noche de juerga, asustó a medio pueblo arriba de su caballo. Porque me huele que esta alegre noche de peña folclórica algo de inolvidable tuvo, algo que Sarmiento no escribe. De eso, Peñaflor sabe; entregar alegres noches de baile y diversión para todos los ciudadanos.

Cuando yo era niña mis hermanas me contaban que iban a bailar al Camino del Diablo. Yo ahí era chica y la imaginación me jugaba malas pasadas. Me imaginaba una discoteca al costado de un camino de tierra, en el que penaban. Nunca me imaginé que el camino fuera pavimentado. El diablo no podía andar penando en una transitada Avenida Peñaflor.

Entonces era algo así como la película de Tarantino *Death Proof*. La *Death Proof* peñafloriana y en cualquier minuto mis hermanas desaparecerían, el hombre de diente de oro se las llevaría. El fantasma de Sarmiento.

Pero también hay otros tipos de recuerdos de Peñaflor. Yo tenía una conocida que vivía en una casa muy bonita en Peñaflor. Una casa grande, con muchos ventanales por todos lados, muy luminosa. Atrás tenía una terraza y un jardín con muchas flores y cactus y árboles. Nosotras jugábamos en el jardín todo el día. Corríamos, nos escondíamos, saltábamos y después, cuando ya estábamos cansadas, cantábamos.

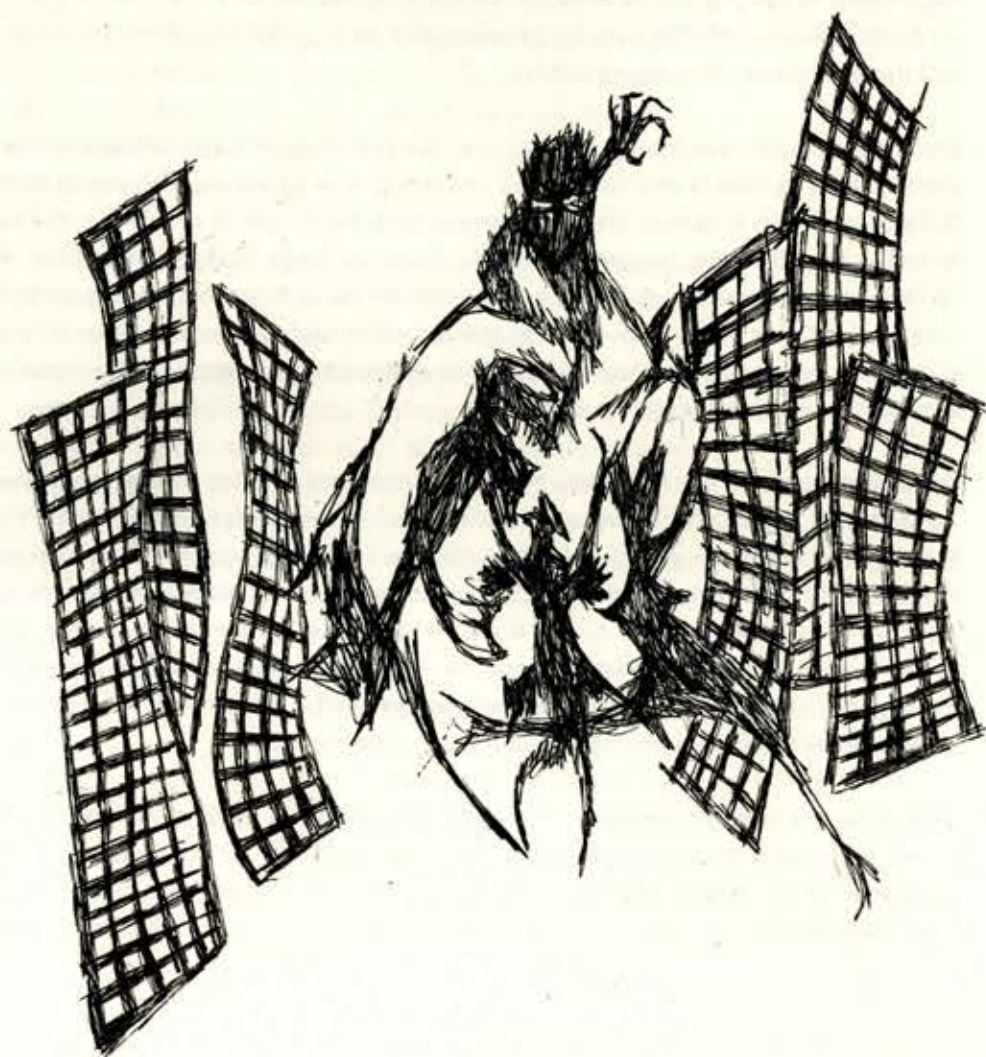
Íbamos hartos a esa casa que quedaba cerca de la plaza. Un día le conté a mi amiga (la que vivía en Peñaflor) que se había quemado mi casa. Ella no me creyó. Y en el tiempo que vivía esperando que reconstruyeran lo quemado, soñaba muchas noches con la casa de los ventanales grandes de Peñaflor. Me acuerdo de esa casa cuando Luis Oyarzún escribe en una entrada de su diario, "Pequeña tragedia de verano: una hormiga ha trepado a mi mano y se ahogó en una gotita de jugo de damasco". Me acuerdo porque la entrada dice en la página anterior "Lo Gallardo, 10 de enero", pero yo siempre había pensado que decía, "Peñaflor, 20 de diciembre". Dentro de lo que suscita Peñaflor, en mis pensamientos imagino a Luis Oyarzún sentado en la terraza de esa casa de los ventanales, mirando ese jardín, fijando su mirada en uno de los grandes pastelones grises, viendo, repentinamente, a una hormiga que se ahoga en una gotita de jugo de damasco.

Creo que Sarmiento no logra captar eso. El ensayo, pienso y puedo estar mal, se adscribe mucho al escribir por deber y dentro de este deber, Sarmiento cuenta lo que siempre funciona, la anécdota de una noche divertida en un pueblo rural. Pero quizás, si Sarmiento hubiera estado un par de veces más en el lugar, podría haber captado que Peñaflor, al menos para mí, funciona a puerta cerrada. ×

Viajes por Chile

Domingo F. Sarmiento

Editorial Diego Portales, Santiago, 2013



El arte de señalar un hogar

NICOLAJ PAVLOV

Nicolaj Pavlov (Santiago, 1990) estudia Literatura creativa en la Universidad Diego Portales.

La imposible ruptura del señor espejo y otros cuentos, primer volumen de escritos de José Edwards (Santiago, 1910-1970), reúne una variada y extensa selección de relatos que el autor trabajó en su intimidad durante más de veinte años y que, sin embargo, nunca publicó en vida. Asiduo a las tertulias organizados por los integrantes de la generación del 38 y gran amigo del poeta Eduardo Anguita, Edwards es autor de una obra desconcertante dentro del panorama literario chileno; una obra que, concebida en el anonimato y exclusivamente con el objetivo de plantear y sosegar inquietudes existenciales propias, se caracteriza por una continua sensación de desorden y ambigüedad, y de una voluntad que quiere asirla o que, en su defecto, se resigna a ser devorado por ella.

Es una obra construida al margen de la luz pública y edificada en el claustro de la intimidad pero cuyo objetivo es permanecer en su confinamiento, continuar como propiedad de quien la idea, su único receptor; que desconoce audiencia y divulgación no por el juicio sosegado y obtuso de un mercado editorial, sino porque en su misma facturación la posibilidad de ser expuesta nunca fue contemplada, rechazando así la lectura foránea como elemento constitutivo de su orgánica y reconociendo, por el contrario, en el escritorio de quien la gesta su entorno natural y legítimo.

José Edwards nunca conoció la publicación salvo de forma póstuma: primero a manos de su círculo más íntimo integrado por, entre otros, Eduardo Anguita, y últimamente por La Pollera Ediciones, que ha recopilado la obra de José Edwards en tres libros: *La imposible ruptura del señor espejo y otros cuentos*, *Invitación al desorden*, que reúne diarios de vida, reescrituras de mitos y ensayos-cuentos, y *Teatro*, que rescata sus piezas dramáticas. Todos están ilustrados por el hijo del autor, Rafael Edwards.

Aunque esta impronta intimista que reniega del ojo externo como fin último puede resultar un tanto radical —ningún proyecto escritural se puede enajenar, de manera efectiva, de un lector modelo—, lo que sí acrecienta o se acentúa en cambio es el grado en que la escritura se relaciona con quien la ejecuta, en cuanto se define no por una pretensión de intervenir en un campo cultural determinado o en la tradición, sino más bien por la posibilidad de ésta de mediar la experiencia de su creador y, en último término, hacer de sí misma un correlato del peregrinaje de su artífice, en el cual éste pueda observarse y sosegar el oscuro legajo que una vida llena de incertidumbres y contradicciones deja tras de sí. Una escritura íntima, en efecto, pero desprendida de la rigurosidad verosímil y fáctica que una plataforma como el diario de vida puede tener; que echa mano no a la cotidianeidad como escenario, sino a la ficción, pues la experiencia de la psiquis requiere de un código cuyas pautas de representación estén dadas por ella.

Si la filosofía, según Novalis, representa la avidez por hallar el hogar en todas partes, de establecer una relación de posesión con la realidad, no es gratuito el hecho, por lo tanto, que dicha disciplina sea el gran sustrato vital desde donde la narrativa de Edwards se configure y arranque, incluso a veces derivando en una suerte de fabulaciones filosóficas que divagan a propósito de la existencia de Dios, de la justificación metafísica de la humanidad o de la viabilidad del doble como método de verificación de uno mismo: "El mundo de lo reflejado conformaba, a su entender, una especie de Sino irreversible y todopoderoso, puesto que nadie podía sustraerse o escapar de su propia imagen".

Pero estas cavilaciones no se apoyan exclusivamente en lo filosófico; son, con todo, narraciones, ficciones de una realidad que incorpora en su estratificación la problemática y la discusión filosófica. Lo ficcional, como fuerza paralela a lo filosófico, pretende orquestar y ordenar una realidad; en última instancia nombrarla. Y esa realidad está mediada por el pulso de un sujeto que blande lo literario como antibiótico de sus males existenciales. En

otras palabras, lo literario y lo filosófico como el gesto de trazar un mapa y estructurarlo, de esbozar una cartografía y disponerse a señalar el sitio del hogar.

En uno de los cuentos, "El paraíso", un multimillonario le encarga a un arquitecto la ardua tarea de idear y levantar un palacio que contenga, de manera conceptual y figurada, la misma potencialidad de despliegue que la realidad puede llegar a tener; una realidad, pues, en sí misma, de la que no se logre (ni desee) salir; no contento con eso, el multimillonario le destina aún una tarea más al arquitecto: que sea él quien dirija dicha realidad, y con ella, la propia vida del multimillonario. La obra o el texto es, asimismo, el pretendido palacio. Un lugar el cual habitar, una geografía de la existencia y sus oscilaciones recreada en virtud de la experiencia, en donde acaso la esperanza sea hallar aquella voz, el Arquitecto, cuyo fin último es el ordenamiento de aquel mundo.

Otro cuento, "La imposible ruptura del señor espejo", propone una disyuntiva similar. El señor Espejo, hombre retrotraído y de escasa vida social, mantiene diálogos con el otro que se refleja en el espejo cada mañana al afeitarse. El diálogo con el doble siempre es una actividad extraña, o por lo bajo ambigua. La conversación deviene en un onanismo en el cual ya no es posible discernir el doble del original: un gesto o el proferir de una sílaba tiene su réplica al unísono, conjura en la inmediatez de su realización un duplicado, la ficción de la figura que se alza en los márgenes del espejo y que le arrebató al acto real el privilegio de ser él lo único real. La escritura anónima y silenciosa de Edwards se puede explicar en parte por ello. Íntimamente relacionada con lo que fueran sus desasosiegos filosóficos y existenciales, se nimba del gesto reproducido por el doble. Hay, en cada historia de esta recopilación de cuentos, la historia de un dedo que se crispa o del fruncir de un ceño, de un mirar angustioso por la ventana, de un extrañamiento frente al espejo o de una noche en vela pensando en la posibilidad de la resurrección. Los textos reunidos en *La imposible ruptura del señor espejo* son la continuación de ese gesto turbado y confuso, de ese lugar que Edwards quiere habitar y resolver en la escritura. ×

La imposible ruptura del señor espejo y otros cuentos
José Edwards
 La Pollera Ediciones, Santiago, 2012

Hay, en cada historia de José Edwards, la historia de un dedo que se crispa o del fruncir de un ceño, de un mirar angustioso por la ventana, de un extrañamiento frente al espejo o de una noche en vela pensando en la posibilidad de la resurrección.

Tambores en alguna región repleta de humo

FELIPE ASTUDILLO

Ser parte de una generación sonora, me parece, más allá de las canciones que asociamos a alguna década en particular o la música que por gusto o maña se nos ha colado en la memoria, una cuestión de ruido. Es ese sonido poco claro de presencia espectral que no alcanza un orden y cuya permanencia lo hace imperceptible, el velo transparente de una época.

Un sonido que ha desaparecido del cotidiano a causa de la conquista digital es el que emitían esas pelusas móviles, grises, blancas, luminosas y opacas que invadían la pantalla de un televisor sin señal, esa turbulencia que a pesar de lo común irrumpía con cierta violencia inopinada hasta agotarse en medio de las voces, la música y el orden de la sintonía devuelta. No recuerdo si me volví temeroso a este suceso antes de haber visto la película *Poltergeist* del año 82 o si fue justamente la imagen de la pequeña Heather O'Rourke comunicándose con otra dimensión, televisor mal sintonizado mediante, lo que generó la molesta asociación. Lo que sí recuerdo con claridad era que la inquietud provenía del sonido y no de la imagen, ese ruido perturbador que parecía anunciar otra cosa, una visita no deseada, un balbuceo aterrador de cualquier cuestión humana, animal o sobrenatural que nunca llegaba, por suerte.

Recuerdo esto al leer *Resonancia siniestra* del músico inglés y miembro de los Flying Lizards, David Toop. Enfrentados como estamos, a una época de la imagen y de nuestra propia imagen sobreexpuesta y registrada, detenida o en movimiento, un libro como este, dedicado al sentido de lo intangible, parece una anomalía en la frecuencia. La valiosa información que recopila Toop sobre la historia del sonido no se agota, ni por asomo, en lo musical. El descubrimiento de un mundo sonoro que se cuela entre las ranuras de lo estático, de la pintura y las obras literarias, se aleja de la inmediatez con que buscamos descubrir la fuente de cualquier sonido que nos enfrente, de forma sorpresiva o consensuada, para dejar las cosas en calma, explicadas, ordenadas. Los registros visuales de pintores holandeses que, con particular ahínco, dedicaron algunas de sus obras a este campo, la serie *El sentido del oído* de Jan Brueghel el Viejo, por ejemplo, con sus cuernos de caza e instrumentos de música culta, nos hablan de una sonoridad del poder y la riqueza, de una sonoridad cultural del registro pero también de una forma de organización política que dispone solo de ciertos sonidos para la escucha. Las ideas del arquitecto finlandés Juhani Pallasmaa sobre la refracción doméstica en nuestros objetos personales, dispuestos al interior de la casa como telón de fondo en nuestras vidas, o el deseo de Samuel Beckett de repetir la experiencia de contemplar una pintura de Emil Nolde una y otra vez como si fuera una reproducción en cinta, sitúan la experiencia dormida del oyente en un quiebre temporal a la pregunta atendida por la fuente que origina el sonido: es histórica, pero además nos permite imaginar más allá de lo visual y explorar los recuerdos de otro tipo de conciencia menos frecuente.

El título del libro proviene de la obra *Resonancia siniestra* del compositor Henry Cowell, cuya experimentación con el ritmo y la armonía durante la primera mitad del siglo xx fue catalogada de arriesgada, por decir lo menos, y desquiciada como etiqueta más común. Lo siniestro, la mirada abismal del libro que se enfrenta a la naturaleza del sonido, no se entiende solo como referencialidad con la obra de Cowell, también se trata de un trabajo en penumbras para detectar y orientar la voz del espíritu. Escuchamos sin ver antes de haber nacido. La reverberación del objeto artístico resuena, como el crujir de una tabla o el golpeteo de un martillo, en las cámaras inverificables de lo humano.

Felipe Astudillo (Osorno, 1985) es alumno de Literatura creativa en la Universidad Diego Portales

David Toop es músico, y aquí poco habla de música. Prefiere quedarse parado junto a la puerta trasera y descifrar la oscilación del rumor ahogado al interior de la casa, el sonido de la grabadora en una película de Bergman, hurgar en las descripciones del viento de Thomas de Quincey y la rajadura de una de las estatuas del Coloso de Memnon por donde se coló el aire durante el año 27 d.C.

Desde la obviedad a lo menos evidente, la música, la ciencia, el deporte, los recuerdos, todo está plagado de sonidos. Toop repasa estos puntos, inabarcables en su totalidad, mutando él mismo desde el sigiloso andar de un monje en su claustro hasta el desborde y la estridencia del público en una final de clavadas durante los juegos olímpicos. Y, sin embargo, hay una seguridad en su andar que se ve sobrepasada y no derrotada, de enfrentar lo inaprensible sin el atrincherar del teórico sino más bien desde el discurrir intuitivo y la experiencia del artista sonoro. A partir de ahí se puede hablar de un tono singular dentro de lo que podría haberse transformado en una mera recopilación de datos y referencias de la vida auditiva para dar paso a las altas cualidades del ensayo, del imaginar modos de escucha en registros que parecen no proceder, al menos directamente, del sonido.

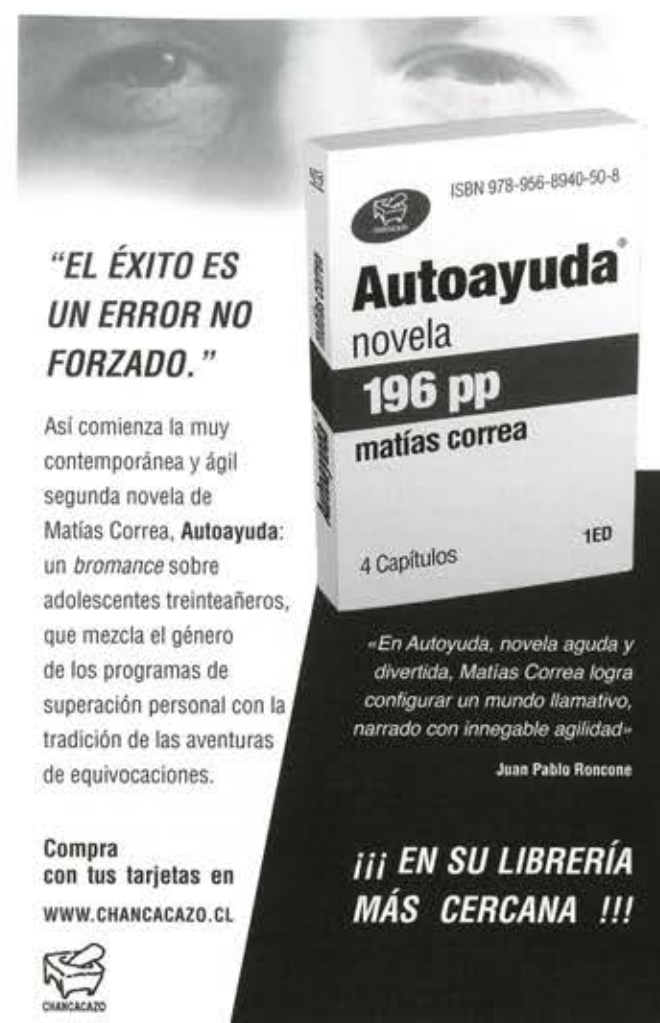
Podemos cerrar los ojos y no los oídos, escribe Toop, los espacios están saturados de memoria. Es posible imaginar a qué nos enfrentamos dadas estas dos premisas, expuestos como estamos al incierto acaecer de escuchas determinadas por curiosidad, urgencia, celos, goce, etc. Podemos también ser superados por la fantasmal figura del silencio. Su naturaleza, que Freud relacionaba con sentimientos familiares reprimidos, generalmente es acompañada por la embriaguez de lo sobrecogedor y la borrachera desatada del terror. Entiendo un poco más el temor de mi niñez al sonido saturado del televisor y su antena de baja ganancia. La inquietante permanencia ampara dos posibilidades que podrían ser igualmente alarmantes. Que ocurra algo, el ruido se detenga y se transforme en otra cosa aún peor, en quietud y silencio, por lo pronto. O que no ocurra nada y el infame ruido nunca más se vaya. Lo mismo al escuchar la respiración de un ser querido o peor aún, oír su pulso, sus latidos. Escuchar con atención y enfrentar la posibilidad de que ese sonido pare, nos deje, se transforme en recuerdo, nunca más se experimente, alberga su vitalidad en la escucha. Su habitar furtivo, el despiadado desvanecimiento que somete, nos obliga a reconstruir sus orígenes, rellenar los espacios e imaginar la sustancia que podría repletar ese falso objeto silente.

El hogar, la idea de refugio que se ha construido sobre el andar de la salud y el bienestar, ha debido establecerse bajo la premisa de un espacio no metafísico, de existencia casi palpable. Protegido y amparado por todo tipo de protección externa, asumido como sistema de características autónomas, medibles y posibles de ser aisladas como si de una naturaleza viva se tratase. Los experimentos de aislamiento sensorial que Toop describe intentaron demostrarlo. Las pruebas en la cámara anecoica de la UCLA el año 68, que apelaban a este ser de vacío, revelaron cuestiones de la vida cotidiana que uno mismo suele experimentar al pasar de estados, cada vez menos frecuentes, de soledad, a una situación más familiar. La hipersensibilidad de un ser humano sometido a su sola presencia dice más del hacinamiento al que el sonido nos somete y de la necesidad que el silencio resuene cada vez más fuerte, que de una fórmula para determinar las dimensiones reales del espacio. Melville, Kafka, Joyce o Conrad parecen aquí dar cuenta de ello. La nota que Toop toca con mayor claridad es aquella que persiste en la presencia del cuerpo y desde ahí dirige su flujo entre barreras que asimilan el adentro y el afuera, del cuerpo mismo como espacio activo, en aquellos registros de almas más sombrías y huidizas que aún no ha logrado medir el sonómetro. ×

Resonancia siniestra

David Toop

Caja Negra Editora, Buenos Aires, 2013



"EL ÉXITO ES UN ERROR NO FORZADO."

Así comienza la muy contemporánea y ágil segunda novela de Matías Correa, **Autoayuda**: un *bromance* sobre adolescentes treintañeros, que mezcla el género de los programas de superación personal con la tradición de las aventuras de equivocaciones.

ISBN 978-956-8940-50-8

Autoayuda
novela
196 pp
matías correa

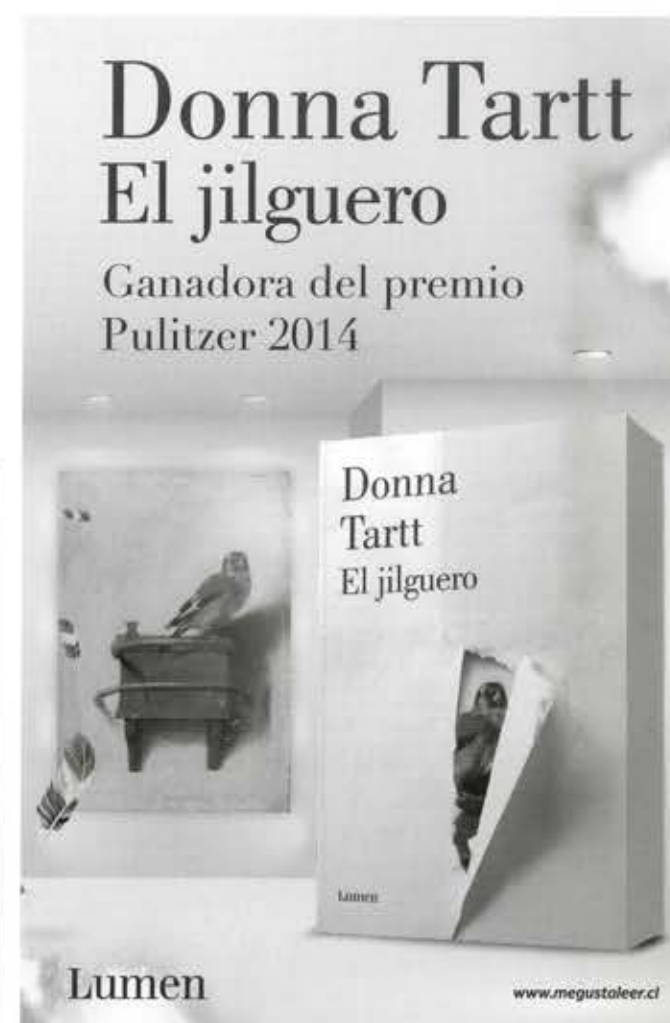
4 Capítulos 1ED

«En *Autoayuda*, novela aguda y divertida, Matías Correa logra configurar un mundo llamativo, narrado con innegable agilidad»
Juan Pablo Roncone

Compra con tus tarjetas en
WWW.CHANCACAZO.CL

!!! EN SU LIBRERÍA MÁS CERCANA !!!

CHANCACAZO



Donna Tartt
El jilguero

Ganadora del premio Pulitzer 2014

Donna Tartt
El jilguero

Lumen

www.megustaleer.cl



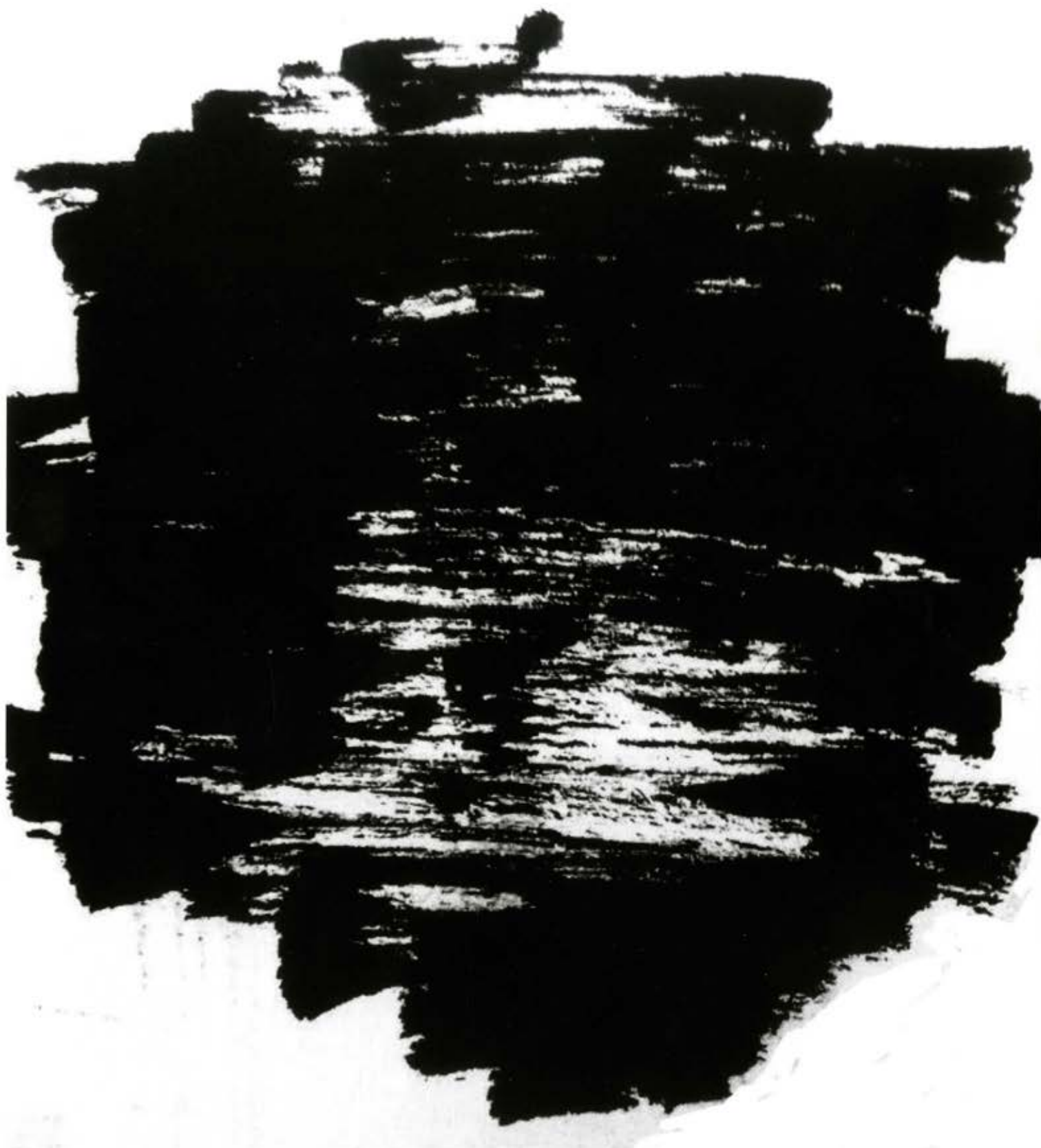
TAURUS

Historia del teatro en Chile (1941-1990)

Juan Andrés Piña

Historia del teatro en Chile (1941-1990)
Juan Andrés Piña

grifo



Felipe Astudillo - Jorge Baradit - Claude Beausoleil - Carla Cordua - Victoria Donoso
Gloria Dünkler - Elvio Gandolfo - Iosi Havilio - Elvira Hernández
Yves Le Petispon - Sébastien Lespinasse - Fanny Margras - Ignacio Morales - Nicolaj Pavlov
Serge Pey - Odile Plou - Abraham Poncheval - Francis Ricard
Sebastián Schoennenbeck - Bernardo Subercaseaux